



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—No se puede dar mayor estupidez.

—No señor, no se puede dar mayor estupidez.

—Este muchacho—murmuró Keraban—á fuerza de no contradecirme concluirá por contrariarme!

En este momento, Van Mitten y Bruno volvían á aparecer en la plaza, y el último decía á su amo con aire disgustado:

—¡Vámonos, señor, vámonos; partamos por el primer tren que salga!.... ¡Constantinopla esto! ¡Esto la capital del Comendador de los creyentes!.... ¡Jamás, no puede ser!

—¡Paciencia, Bruno, paciencia—respondió Van Mitten.

Comenzaba á hacerse oscuro: el sol, oculto tras las alturas de la antigua Stambul, dejaba ya á la plaza de Top-Hané en una especie de penumbra. Van Mitten no reconoció al señor Keraban, que se cruzaba con él en el momento en que se dirigía hácia el muelle de Gadata. Aconteció, pues, que, siguiendo inver-

sa dirección, chocaron ambos, buscando al mismo tiempo pasar á la derecha y luego á la izquierda. De lo contrario de sus movimientos resultó, por espacio de medio minuto, un balanceo algún tanto ridículo.

—¡Eh, señor mío—dijo Keraban, que no era por cierto hombre de ceder el paso—crees que no pasaré yo ántes!

—Pero.....—dijo Van Mitten, tratando de apartarse cortemente, aunque sin conseguirlo.

—Pasaré yo ántes—repitió Keraban.

En este momento Van Mitten reconoció al que de tal modo les disputaba el paso, y exclamó:

—¡Si es mi amigo Keraban!

—¡Cómo, sois vos, vos..... Van Mitten!....—respondió el mercader en el colmo de la sorpresa.—¡Vos!.... ¿aquí?.... ¿en Constantinopla?....

—Yo mismo.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana.

—¿Y no ha sido para mi vuestra primera visita?

—Al contrario—respondió el holandés—me he dirigido desde luego á vuestro despacho; pero no os hallabais en él y me han dicho que os encontraría á las siete en esta plaza.

—Y han tenido razon, Van Mitten!—dijo Keraban apretando de una manera casi violenta la mano de su corresponsal de Rotterdam.—¡Ah, mi buen Van Mitten, nunca, nunca hubiera creído veros en Constantinopla!.... ¿Por qué no me habeis escrito?....

—¡He abandonado Holanda tan precipitadamente!....

—Vamos, ya entiendo, ¿un viaje de negocios?

—¡No.... un viaje.... de recreo! No conocía Turquía ni Constantinopla, y he querido devolveros la visita que me hicisteis en Rotterdam.

—¡Eso está muy bien!.... ¡Pero, calle! ¿No venís en compañía de la señora Van Mitten?

—En efecto.... ¡No, no la he traído conmigo!—respondió el holandés, con cierta vacilación.—La señora Van Mitten no es muy amiga de viajar.... pero, traigo á mi criado Bruno.

—¡Ah, es vuestro criado ese muchacho!—dijo Keraban, designando á Bruno. Este creyó de su deber hacer una inclinación al modo turco, y llevarse ambos brazos á su sombrero, afectando las dos asas de un áofora.

—Sí—contestó Van Mitten—ese buen muchacho, que quería abandonarme y volver á....

—¡Volvere!—exclamó Keraban.—¡Volvere sin que yo le haya dado permiso para ello!

—Sí, amigo Keraban; mi criado no encuentra muy alegres que digamos la capital del imperio turco.

—¡Esto es un cementerio!—dijo Bruno.—No se encuentra gente en los almacenes ni coches por las calles!.... ¡Tan sólo algunas sombras que pasan por las calles y que os roban vuestra pipa!

—¡Ah, vamos, ya entiendo!—respondió el señor Keraban.—Debo de advertiros, amigo Van Mitten, que nos hallamos en pleno Ramadan.

—¡Ya!—replicó Bruno.—¿Entonces todo se explica!.... pero, ¿podeis decirnos, si gustais, qué es ese Ramadan?

—Cierta tiempo de ayuno y de abstinencia, durante el cual se prohíbe fumar, beber y comer entre la salida y la postura del sol; pero dentro de media hora un cañonazo anunciará la terminación del día, y entonces....

—¡Gracias á Dios que puedo saber lo que querian decir con su famoso cañonazo!—interrumpió Bruno.

—¿Entonces, cada cual se desquita alegremente, durante la noche, de todas las abstinencias del día!

—Así, pues—preguntó Bruno—¿desde esta mañana no habeis tomado nada, porque es el Ramadan?

—Por que es el Ramadan—respondió Nizib.

—Hé ahí una costumbre que me haría adelgazar y que me haría perder á lo ménos una libra de carne cada día—exclamó Bruno.

—Cada día!—repitió Nizib.

—El sol está próximo á ocultarse, Van Mitten—dijo Keraban—y cuando lo haga por completo, yo os juro que quedaréis maravillado al ver la transfor-

macion, casi mágica, que convierte á una ciudad muerta en otra ciudad alegre y bullciosa! ¡Ah, señores turcos de nuevo cuño, á pesar de vuestras absurdas invenciones no habeis podido modificar ciertas antiguas costumbres! ¡El Koran puede mucho más que vuestras majaderías! ¡Que Maboma os ahorque!

—Vamos—dijo Van Mitten—veo, amigo Keraban, que sois siempre fiel á las antiguas costumbres.

—¿Es más que fidelidad, Van Mitten, es obcecación!—pero, decidme, mi buen amigo, cómo os permanecer algunos días en Constantinopla, ¿no es verdad?

—Sí.... y puede que....

—Entonces me pertenecéis; me apoderó de vuestra persona y ya no me abandonaréis.

—¡Sea.... os pertenezco!

—Nizib—añadió Keraban, mostrando á Bruno.—Te encargo muy especialmente que modifiques sus ideas sobre nuestra maravillosa capital.

Nizib hizo un signo de asentimiento y arrastró á Bruno por entre la multitud que comenzaba á hacerse ya más compacta.

—¿Pero, ahora que me acerto!—exclamó Keraban.—Llegais muy á propósito, pues de haberlo seis semanas más tarde no me hubierais encontrado en Constantinopla, pues estaria ya entonces camino de Odessa.

—¿De Odessa?

—Sí; pero ahora ya nada importa, porque, si para entonces estais todavía aquí, partiremos juntos; despues de todo, no veo motivo alguno para que no me acompañeis, ¿no es verdad?

—Es que.... yo os diré....—balbuceó Van Mitten.

—¡Nada, os digo que me acompañaréis!

—Yo contaba con reposar aquí de las fatigas de un viaje que ha sido hecho con alguna rapidez....

—¡Bien! reposaréis aquí.... despues acabaréis de descansar en Odessa durante tres buenas semanas.

—Pero, amigo Keraban....

—¡Así ha de ser, Van Mitten! y no creo abriguéis el propósito de contrariarme, ¿no es cierto? Ya sabéis que cuando tengo razon no cedo fácilmente.

—Sí, sí, ya sé—respondió Van Mitten.

—Por otra parte—añadió Keraban—vos no conocéis á mi sobrino Ahmet, y es necesario que hagáis conocimiento con él.

—Me habeis hablado, en efecto, de vuestro sobrino....

—Decid más pronto, mi hijo, puesto que yo no los he tenido. Ya sabéis, siempre ocupado en los negocios, no he podido nunca disponer de cinco minutos para casarme.

—¡Con un minuto basta—respondió gravemente Van Mitten,—y á veces es demasiado!

—Encontrarémolos, pues, á Ahmet en Odessa—replicó Keraban—un guapo muchacho.... eso sí, detesta los negocios; es un poco poeta, algo artista, pero agradable en extremo; no se parece á su tío, y lo obedece sin replicar.... Vamos á Odessa con motivo de su casamiento.

—¿De su casamiento?....

—¡Sin duda! Ahmet se casa con una joven muy

linda, llamada Amasia, hija de mi banquero Selim, que es, como yo, un verdadero turco. ¡Tendrémos magníficas fiestas, á las que asistiréis!

—Pero..... yo hubiera preferido.....—dijo Van Mitten, que deseaba hacer una última objeccion.

—Nada, ya está convenido, no tendréis la pretension de resistirme, ¿no es verdad?

—Aunque quisiera.....—respondió Van Mitten.

—No podríais hacerlo.

En este instante, Scarpante y el capitán maltes, que se paseaban por el centro de la plaza, se aproximaron. El Sr. Keraban decia entónces á su compañero:

—Está decidido; á más tardar, dentro de seis semanas saldremos ambos en direccion á Odessa.

—¿Y cuándo tendrá lugar el casamiento?—preguntó Van Mitten.

—En seguida que lleguemos—respondió Keraban.



Santa Sofia en Constantinople.

Yarhud dijo al oído de Scarpante:

—¡Seis semanas! ¡Tenemos tiempo para obrar!

—Sí, pero cuanto más pronto mejor—respondió

Scarpante.—No olvidéis, Yarhud, que ántes de seis semanas el Sr. Saffar se hallará de regreso en Trebizonda.

Ambos continuaron su paseo con oído alerta y ojo avizor.

Entre tanto el Sr. Keraban continuaba en conversacion con Van Mitten, al cual le decia lo siguiente:

—Mi amigo Selim siempre con prisas, y mi sobrino Ahmet más impaciente todavía, querían terni-

nar el casamiento inmediatamente. Tienen, en verdad, un motivo para ello, y es el de que la hija de Selim debe casarse ántes de cumplir los diez y siete años, si no quiere perder algo así como 100.000 libras turcas (1), que una vieja loca, tía suya, la ha legado con esa condicion; pero la niña no cumple los diez y siete años hasta dentro de seis semanas, por lo cual les he hecho entrar en razon diciéndoles: «Tanto si os conviene, como sino, el casamiento no tendrá lugar ántes de los últimos días del próximo mes.»

(1) Coroa de 2.250.000 francos.

—¿Y vuestro amigo Selim, se ha convencido?— preguntó Van Mitten.

—Naturalmente.

—¿Y el joven Ahmet?

—Menos fácilmente, porque adora en extremo á la bella Amasia, y yo se lo apruebo; pero no ocupándose, como no se ocupa, de los negocios, tiene tiempo de sobra, ¿no es cierto?... vos, amigo Van Mitten, debéis hallaros al corriente de todo eso; vos, que os habeis casado con la señora Van.....

—Sí, amigo Keraban—dijo el holandés;—pero hace tanto tiempo de eso,.... que apenas si lo recuerdo.

—De todos modos, amigo Van Mitten, había olvidado que, si bien en Turquía se lleva muy á mal que se pregunte á un turco por la salud de cualquiera de las mujeres de su harem, no sucede lo mismo respecto á un extranjero..... ¿Cómo se halla pues, la señora Van Mitten?.....

—¡Muy bien..... muy bien!—respondió al aludido, á quien la cortesía de su amigo no producía el mejor efecto.—Sí..... muy bien..... siempre algo delicada..... ya sabéis..... las mujeres.....

—¡No, yo no sé nada!—respondió riendo el señor Keraban.—Yo conocer las mujeres..... nunca!.... ¡los negocios, y solamente los negocios! eso sí; preguntadme por el tabaco de Macedonia para nuestros fumadores de cigarrillos; por el de Persia, para los aficionados á fumar en narghilés. Preguntadme después por mis correspondientes de Salónica, Krzerino, Latakia, Bafra, Trebizonda, y por último, por mi amigo Van Mitten de Rotterdam!.... ¡Ah!.... desde hace treinta años no he hecho otra cosa que expedir fardos de tabaco á todos los rincones del mundo.

—¡Sin contar con el que os habeis fumado!—dijo Van Mitten.

—En efecto..... ¡puede asegurarse que he arrojado tanto humo por entre mis labios como el que pueda arrojar la mejor chimenea de una fábrica movida al vapor!.... Después de todo ¿conocéis algún otro placer que le guste?

—No por cierto, amigo Keraban.

—Hace cuarenta años que fumo, y soy desde entonces completamente fiel á mi chibuk y á mi nargilé; ése es todo mi harem, pues no hay, á buen seguro, una mujer que valga lo que vale una pipa de tombekí.

—Soy de vuestra opinión—respondió el holandés.

—Bueno—continuó Keraban,—y ahora, ya que me pertenecéis, no os abandono; mi caique vendrá á buscarme para atravesar el Bósforo y conducirme á mi quinta de Scutari, donde comerémos.

—Es que..... yo.....

—Os digo que vendréis, ¿ó vais á hacer ahora cumplimientos conmigo?

—Nada de eso, amigo Keraban, os perteneció en cuerpo y alma, y acepto.

—Ya veréis—dijo Keraban—ya veréis cuán deliciosa y encantadora es la morada que me he hecho construir bajo los oscuros cipreses, en medio de la colina de Scutari, dando vistas al Bósforo y á todo el panorama de Constantinopla. ¡Ah! la verdadera Turquía se halla sobre esa asiática costa! El terreno que

ahora pisamos puede llamarse europeo; pero aquel que desde aquí divisamos es asiático y no hay miedo que nuestros modernos turcos implanten en él sus ideas progresistas, que perecerían ahogadas al tratar de atravesar el Bósforo..... Pero basta de eso, y dispongámonos á partir, ya que es cosa convenida que os vais en mi compañía.

—¿Hacéis de mí cuanto queréis!

—Y es preciso que os resignéis á ello; pero, ¿dónde está Nizib? ¡Eh, Nizib, Nizib!

Este, que pasaba en compañía de Bruno, oyó la voz de su amo, y ambos acudieron al llamamiento.

—Escuidji—preguntó Keraban—¿no acaba nunca de llegar con su caique?

—¿Con su caique?—respondió Nizib.

—Concluiré por hacer que te propinen cien palos—exclamó Keraban.

—Vamos..... vamos—interrumpió Van Mitten.

—¡Cómo que vamos..... le haré dar ochocientos!

—Pero..... señor!—dijo Bruno.

—Mí le haré dar si hay alguien que me contrarie.

—Señor—respondió Nizib—veo desde aquí á vuestro caique, que acaba de doblar la punta del Serrallo: antes de diez minutos estará atracado junto á la escalera de Top-Hané.

Mientras que el señor Keraban pateaba de impaciencia, asido del brazo de Van Mitten, Yarhad y Scorpante no cesaban de observarle.

IV.

ES EL QUE EL SEÑOR KERABAN, MÁS OBCECADO QUE NUNCA, SE LAS TIENE TIRAS CON LAS AUTORIDADES OTOMANAS.

Por fin llegó el caidji y previno al señor Keraban que su caique le aguardaba al pie de la escalera.

En las aguas del Bósforo y del Cuerno de Oro se cuentan los caidjis por millares, y sus barcos, movidos por dos remos y afectando la misma aguda forma, tanto en su proa como en su popa, con objeto de moverse en ambos sentidos, se asemejan á enormes patines contruidos de planchas de haya ó de ciprés, y esculpidos ó pintados en su interior. Es realmente maravilloso ver cual se deslizan sobre las aguas aquellas esbeltas embarcaciones, y cómo se cruzan y se adelantan unas á otras en aquel magnífico estrecho que separa el litoral de los dos continentes. La importante corporacion de los caidjis se halla encargada de hacer el servicio, desde el mar de Mármara hasta más allá del Castillo de Europa y del de Asia, que se dan frente hacia el Norte del Bósforo.

Los caidjis, que, por regla general son buena gente, van vestidos con un birudjuk, especie de camisa de seda, un yelek de vivos colores, salpicado de bordados de oro, y un calzon corto de algodón blanco; cubren su cabeza el clásico fez; calzan sus pies con los consabidos yemenis y por último, dejan al desnudo sus membrudos brazos y sus nervudas piernas.

El caidji del señor Keraban, que era el mismo que todas las tardes le conducía á Scutari, y por las mañanas le volvía á Constantinopla, fué recibido por su señor de un modo nada agradable; pero el hemático

marinero que conocia perfectamente el carácter de su eficiente, quien, por otra parte, le recompensaba muy bien su trabajo, le dejó gritar cuanto quiso, contentándose con mostrar el caique amarrado cerca de la escalera.

El señor Keraban, acompañado de Van Mitten y seguido de Bruno y Nizib se dirigia ya hacia la embarcacion cuando, observando cierto movimiento en la

multitud que llenaba la plaza de Top-Hané, detuvo el paso, diciendo:

—¿Qué es lo que pasa?

El jefe de policia del barrio de Galata, rodeado de guardias que abrian paso por entre la multitud, llegaba en aquel instante á la plaza. Un tambor y un trompeta le acompañaban; produjo el primero un redoble y dejó oír el segundo un toque de llamada, pro-



Ambos llegaron á la plaza de Top-Hané.

duciéndose poco despues el más profundo silencio entre aquella masa de gente, compuesta de elementos heterogéneos, tanto asiáticos como europeos.

—Vamos, algun otro pregon inteno sin duda— murmuró Keraban, con el acento de aquel que tiene la intencion de mantenerse en su derecho en todas partes y por encima de todos.

El jefe de policia sacó un papel, en el que se veian los sellos reglamentarios, y en alta voz leyó la siguiente orden:

«Por órden del Muchir, presidente del Consejo de policia, se establece desde hoy un impuesto de diez

paras por cada persona que quiera atravesar el Bósforo para ir de Constantinopla á Scutari ó de Scutari á Constantinopla, bien sea en los caiques ó en cualquiera otra embarcacion de vela ó de vapor. Los contraventores del expresado impuesto serán castigados con las penas de prision y de multa.

»Dado en palacio, á 16 del presente mes.—Firmado.—El Muchir.»

Prolongados murmullos de descontento acogieron la lectura del nuevo impuesto, que equivalia próximamente á cinco céntimos de peseta por cada individuo.

—¡Buena va, otro nuevo impuesto!—murmuró un viejo turco que debiera ya estar acostumbrado á los caprichos financieros del Pachá

—¡Diez paras..... el precio de media taza de café!—exclamó otro.

El jefe de policía, que sabía perfectamente que deseara de murmurar concluiría por pagar todo el mundo, como sucede en todas partes, se disponía á abandonar la plaza, cuando el señor Keraban se adelantó hácia él diciéndole:

—¿Conque un nuevo impuesto para todos aquellos que quieran atravesar el Bósforo?

—Por mandato del Muchír—respondió el jefe de policía.

Después añadió con acento de sorpresa:

—¡Cómo! ¿es el rico Keraban quien reclama?.....

—Sí, señor, es el rico Keraban.

—¿Y cómo os halláis de salud?

—Tan bien..... como vuestros impuestos; pero vamos á ver, ¿esa orden es ejecutiva?

—Sin duda alguna.

—¿Y si yo quiero ir esta tarde..... á Scutari, según tengo por costumbre, en mi caique?

—Pagaréis diez paras.

—De modo que como atravieso dos veces el Bósforo cada día.....

—Os costará veinte paras diarios—respondió el jefe de policía.—Después de todo eso es una bagatela para un hombre tan rico como vos.

—¿De véras, eh?

—Mi amo—murmuró Nizib al oído de Bruno—va á meterse en un mal negocio.

—¡Pero es de esperar que ceda!

—¡Ceder él!..... ¡veo que no le conocéis!

El señor Keraban, cruzado de brazos y mirando cara á cara al jefe de policía, dijo á este último con acento de una mal encubierta cólera:

—Eso está bien, pero mi caidji acaba de avisarme que su caique se halla á mi disposición, y como quiera que me acompaña también mi amigo Van Mitten, su criado y el mío.....

—Hará justa la cuenta de cuarenta paras—respondió el jefe de policía.—y os repito que os sobran medios para pagar una suma tan insignificante.

—Que yo tenga ó no medios para pagar cuarenta paras, y ciento, y mil, y cien mil, y hasta quinientas mil, eso no es cuenta de nadie; pero os prometo que no pagaré y que, á pesar de eso, pasaré al otro lado del Bósforo.

—Siento en el alma contrariar al señor Keraban, pero le aseguro que no pasará sin pagar.

—Os digo que pasará.

—¡No!

—¡Sí!

—Amigo Keraban—dijo Van Mitten, con el laudable propósito de hacer entrar en razón al más intratable de los hombres.

—Dejadme en paz, Van-Mitten—respondió Keraban con irritado acento. El impuesto es inicuo, vejatorio, y nadie debe someterse á él. ¡Ah! el Gobierno de los antiguos turcos no hubiera jamás osado imponer una tasa semejante á los caiques del Bósforo.

—Pero el Gobierno de los turcos modernos—respondió el jefe de policía—tiene necesidad de dinero y no ha vacilado en imponerla.

—¡Eso, ya lo veremos!—respondió Keraban.

—¡Guardias!—dijo el jefe de policía dirigiéndose á los soldados que le acompañaban—vosotros quedáis encargados de hacer cumplir la nueva orden.

—Venid, Van Mitten—replicó Keraban, golpeando fuertemente el suelo con uno de sus pies—¡venid Bruno; y tú, Nizib, siguenos!

—Acordaos que son cuarenta paras—dijo el jefe de policía.

—¡Cuarenta palos!—exclamó Keraban, cuya irritación había ya llegado al colmo.

Pero en el momento en que se dirigía hácia la escalera de Top-Hané, los guardias le rodearon y se vió precisado á volver piés atrás.

—¡Dejadme!—gritaba resistiendo á los guardias.

—¡No me toquéis, juro por Allah que he de pasar sin sacar un solo para de mi bolsillo!

—Y yo os digo—respondió el jefe de policía, que comenzaba ya á amostazarse—que por donde pasaréis entónces será por la puerta de la prisión y que, además, pagaréis una buena multa si queréis salir de ella!

—¡Iré á Scutari!

—No será atravesando el Bósforo, y como no hay otro medio de verificarlo.....

—¿Lo creéis así?—respondió Keraban apretando los puños y con el semblante rojo por la cólera.—¿Lo creéis así? Pues bien, iré á Scutari, y no atravesaré el Bósforo y no pagaré.....

—¿De véras?.....

—¡Si señor!..... ¡aunque debiera dar la vuelta al mar Negro!

—¡Setecientas leguas para economizar diez paras!—exclamó el jefe de policía con acento de duda.

—¡Setecientas leguas, mil, diez mil, cien mil!—respondió Keraban—¡aunque no se tratara de cinco paras, sino de uno solo!

—Pero..... amigo mío—dijo Van Mitten.

—¡Ya os he dicho que me dejéis en paz!—repuso Keraban, rechazando la intervención de su amigo.

—¡Vaya!—dijo Bruno.—¡Ya la hemos hecho buena!.....

—¡Y atravesaré la Turquía, la Chersonesa, el Cáucaso, la Anatolia y llegaré á Scutari sin haber pagado un solo para de vuestro inicuo impuesto!

—¡Eso, ya lo veremos!—repuso el jefe de policía.

—¡Está ya visto!—exclamó Keraban fuera de sí—¡y partiré hoy mismo!

—¡Diable!—dijo el capitán Yarhud, dirigiéndose á Scarpante, que no había perdido una palabra de aquella inesperada disensión.—¡Todo esto podría muy bien hacer estorbo á nuestros planes!

—En efecto—respondió Scarpante;—por poco que ese endiablado testarudo persista en su proyecto, pasará por Odessa, y si una vez allí se le antoja que el matrimonio de su sobrino se lleve á efecto!.....

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

—Bien—prosiguió el coronel—si le encuentra usted alguna vez frente á frente, tendrá V. el gusto de conocer uno de los más refinados bribones de la ciudad de Méjico, donde, dicho sea de paso, y á pesar de ser yo mejicano, confieso que hay bastantes. Pero no he dicho todavía todo lo que sé acerca de él. Además de otras habilidades, tiene fama de dar de cuando en cuando un golpe de mano por las calles, es decir, que es también saltador de bolsillos ajenos. El sitio de sus operaciones es, según he oído, entre la montaña que pasa por la antigua pirámide de San Juan de Teotihuacan. Ahora bien, caballeros, pueden VV. juzgar si he hablado muy ligeramente de la bella chinampera, modelo de inocencia según el capitán Moreno, después de haberla visto en compañía de semejante bribon.

—¿La ha visto V., cuándo y dónde?

Era siempre el capitán Moreno quien hacía estas preguntas.

—Dos veces en su puesto de flores de Santo Domingo, otras en una calle cercana, y otra vez aún, en el canal, en el paseo de las Vigas, yendo en su bote en dirección á su casa. Es verdad que esta última vez estaba su hermano con ella, aunque no le habría gran caso, porque indudablemente parecía estar en la mejor armonía con *el Guapo*.

—¡Ay, Dios!—murmuró Moreno, con una especie de suspiro, arrancado evidentemente por la revelación que acababa de oír.—No lo hubiese creído. Los criados de mi tío, que están muy enterados de todo lo que se refiere á ella, tienen una gran idea de la conducta de esa muchacha. En fin, pueden equivocarse, no tiene nada de extraño. Las bellezas como la suya están siempre perseguidas por todos, y si ésta ha mentido, no será por cierto una historia nueva. Vaya, amigos míos, dejemos este asunto desagradable, y brindémoslo por nuestro anfitrión.

—Por nuestro pueblo amigo—dijeron todos, llenando sus vasos y despachándolos casi al mismo tiempo.

—¡Supongo que me permitirán VV. adornar mi brindis con un discurso: será corto; lo bastante para decir que perdiera con gusto un Losada una vez al año, si eso me proporcionaba una reunión de amigos y una noche de placer como la que hemos pasado. Ahora, caballeros, salud al capitán Maynard!

CAPÍTULO VII.

LA INSADA DE LA LECHUCITA.

Á pesar del buen deseo con que mis amigos habían

brindado por mi salud, no me sentía yo muy bien. El giro que casualmente había tomado la conversacion y las noticias adquiridas no eran las más á propósito para que yo hiciese una buena digestion, y vi con gusto el momento en que terminaba la cena y podía libremente entregarme á mis reflexiones. Dándonos todos las buenas noches, salimos á la calle. Una vez fuera de la fonda, me despedí de mis dos compañeros, cuyas casas estaban en el otro extremo de la ciudad. Me disponia ya á irme también á la mia, á pié, porque mi caballo se lo había llevado el sargento, cuando vi que Espinosa seguía solo el mismo camino que yo. Se me ocurrió una idea que me hizo apresurar el paso y alcanzarle en un momento.

—Señor coronel, dispense V. mi curiosidad; ¿es éste el camino de su casa de V.?

Según su cíoismo al hablar de las mujeres, no era de ninguna manera el señor Espinosa de carácter tímido y reservado, y comprendí que no le chocaría la libertad de mi pregunta.

—¿O quizá—continué sin esperar su respuesta—piensa V. probar una vez más su suerte en la casa de *Coyote*, de la que nos ha hablado V. esta noche.

La pregunta le dejó un poco parado, como era natural; pero como era un buen militar, acostumbrado á las sorpresas, se repuso al momento y contestó sonriendo:

—Pues bien, caballero; debo confesar que en la segunda suposición ha dado V. un golpe seguro; pero ¿por qué lo pregunta V.? ¿desearia V., por ventura, acompañarme?

—Precisamente, si V. no se opone.

—Al contrario, eso me proporcionará el placer de presentar á V. á la Lechucita, uno de los personajes más infernales de la metrópoli mejicana; y al decir esto, no crea V. que tiene que deshacerse en palabras de agradecimiento, porque el favor en verdad no le merece. Y á propósito—añadió de repente, mirándome:—¡Está V. de uniforme, Santo Dios! no había pensado en eso.

—¿Y qué importa?—le pregunté.

—¡Caramba, es de la mayor importancia! Aun cuando el sitio de que he hablado á V. es bien original, y se encuentran allí trajes de todas clases, algunos bastante caprichosos, esa levita de V., con ese color amarillo y esos botones de águila, atraería un tópel de gente al rededor de V., cuyos cumplimientos no serian de la mayor finura, porque debe usted saber, señor capitán, que los concurrentes á la Lechucita son completamente patriotas, y no se reclutan

allí americanos bajo ningún pretexto, al menos sabiendo que lo son.

—Entonces ¿supongo que no puedo ir con V.

Reflexionó un momento, y después dijo:

—Nada de eso; yo me encargo de dirigir este asunto, y si V. sigue mis indicaciones todo irá bien.

—Entonces, creo que se arreglará perfectamente, porque desde luego me someto á lo que V. disponga.

—Pues nada más sencillo. Precisamente para ir á esa casa tenemos que pasar por la mía, y allí, si no me engaño, podremos encontrar algo con que vestir á V., á propósito para la clase de sociedad que vamos á encontrar en la Lechucita.

Durante esta conversacion habíamos llegado al extremo de una pequeña calle, en la que él torció, y yo, por supuesto, hice lo mismo. Después de pasar algunas casas, nos paramos delante de una puerta, que abrió con un pisaporte. Como eran ya más de las doce de la noche y todo el mundo dormía, la casa estaba completamente oscura; encendió un fósforo y con él una pequeña lámpara, y me hizo subir por una escalera, no muy regular por cierto; después entré en una habitación bastante espaciosa, con el techo muy bajo, por ser lo que llaman allí entresuelo. Porque en las casas de las ciudades de Méjico, como en las de París, estos segundos pisos están casi siempre ocupados por gente ordinaria, es decir, por tenderos ó personas, en fin, de pocas pretensiones.

—Como V. ve — me dijo riendo, al notar que yo miraba su cuarto, amueblado con demasiada sencillez — los oficiales mejicanos no habitanos palacios, y ahora estamos peor que nunca, gracias á VV. que han tenido la bondad de conquistarnos, puesto que de resultas hace ya bastantes meses que no cobramos nuestra paga. Así es que no puedo ofrecer á usted gran casa, ni de comer, ni de beber, como no sea una copa de aguardiente catalán, si le gusta á usted. Esto le dará á V. fuerzas para el negocio que tenemos entre manos.

—Muchas gracias, coronel; lo tomaré con mucho gusto.

Mientras él preparaba la botella y las copas, yo completaba la inspección de su cuarto, que era, por lo visto, comedor y alcoba al mismo tiempo. Un catre, especie de cama de campaña, en uno de los extremos del cuarto, y en otro una silla militar con una lanza colgada encima, porque el coronel había tenido el mando de un regimiento de lanceros. En las paredes había colgados un sable, pistolas, cintos y otros avíos parecidos. En la única mesa que había se veían algunos cacharros con los restos de lo que nosotros llamáramos una cena bien frugal. Diciendo mil bromas acerca de esto, llenó una copa y me la dió, mientras él revolvía en una maleta de cuero que había puesto encima de la cama. Saqué de ella todo un traje de ranchero; chaqueta de pana, calzonillos, chaleco y todo esto, con un sombrero ancho y alto que estaba colgado en un clavo detrás de la puerta, completaba el traje que yo iba á usar en la casa de juego. Como ya me había yo vestido así otras veces, no necesité ninguna clase de indicaciones para ponerme

aquel ajuar, y en un momento estuve arreglado con el pintoresco traje nacional de Méjico.

—¡Por Dios, señor! — exclamó después de pasarme una minuciosa revista. — Parece V. tan mejicano como yo mismo. Es verdad que sus cabellos de V. y su cutis son más oscuros que los que suelen tener sus compatriotas, pues la mayor parte son *güeros*, es decir, rubios. Y como V. habla nuestro idioma como si fuera del país, desafío á nadie que averigüe el engaño. Los americanos no tienen VV. los movimientos que nosotros, y será mejor cubrir á V. con esto.

Diciendo lo cual cogió una especie de capa que estaba en la cama haciendo las veces de colcha, la pasó por mi cabeza y la dejó caer sobre mis hombros.

—Ahora á la Lechucita. »

Un corto paseo nos llevó en seguida á la calle del Obispo, que está detrás de la catedral, y continuando ésta entramos en otra estrecha y oscura en la que estaba la casa de *Oyudé*.

La pequeña Lechucita decía ser una posada, pero no había allí letrero ni muestra ninguna que indicase esta pretension, ó al menos, si la había, yo no pude verla, porque no había luz en las ventanas, por la sencilla razon de no haber tales ventanas ni balcones. La puerta estaba cerrada como la de una cárcel, y tal parecía en efecto. Á pesar de estar tan oscura, mi conductor encontró muy pronto su camino y llamó con un golpe sencillo, suave, que sólo podía ser oído por persona que estuviese al cuidado para abrir, y muy cerca. Y así era en efecto, porque apenas sonó el golpecito cuando pude oír pisadas dentro del zaguán, y en seguida una voz que preguntaba cuidadosamente: «¿Quién es?» «Amigo de la patria — fué la respuesta de mi compañero. — ¡Pronto, muchacho! ¡Abre la puerta! ¡Soy el coronel Espinosa.» Pasó un pequeño intervalo de silencio durante el cual áun parecía que dudaba el de dentro en abrir la puerta, hasta que las últimas palabras del coronel, que demostraban su impaciencia, le decidió sin duda, porque después de un «¡Bueno!» que oímos dentro, se abrió la puerta y entramos. «Dispense V., señor capitán, que le hayamos á V. hecho esperar; pero, como usted sabe, toda precaucion es poca en estos tiempos calamitosos.» «¡Caramba! eso es verdad — dijo el coronel riendo — y casi en todos tiempos sucede lo mismo para entrar en la Lechucita.» El hombre, comprendiendo la burla del oficial, se sonrió también, y seguimos entrando en la casa. Todavía estábamos sin luz ninguna para alumbrarnos; pero mi compañero parecía conocer basta la más pequeña piedra del pasillo y patio que llamamos atravesando, y yo seguí el ruido de sus pasos. Al cruzar una esquina del patio, entramos en un corredor que recorría tres frentos del mismo patio, y siguiendo éste unos cuantos pasos, nos paramos delante de la puerta, por cuyo agujero de llave vimos la primera luz, y oímos al mismo tiempo voces dentro que indicaban el sitio de reunion.

Antes de entrar, mi compañero acercó su boca á mi oído, y me dijo callandito:

—Ahora, caballero, el último encargo. Sepa V. que

le va el pellejo en conservar el incógnito. Si álguien le dice á V. que es americano, niéguelo V. rotundamente. Dice V. que no es V. quien ellos suponen, sino D. Elezario Tres Villas, un hacendado de Guadalaajara. Creo que debo tener aquí una tarjeta de este señor que le servirá á V. para afirmar su personificación. Aquí está.

Y poniendo una pequeña tárjeta en mi mano, empu-

jó la puerta y entró. No habia ya dificultad ninguna en seguirle, puesto que una vez la puerta abierta, salia un foco de luz que iluminaba hasta el último rincón del patio. Antes de entrar nosotros habíamos oído voces y algunas frases sueltas pronunciadas con la mayor claridad, tales como: «Caballo en puerta», «Soto mozo», que pudieran muy bien ser incomprensibles para un extranjero, pero que yo conocía,



Cogió una copa y la dejó caer sobre mis hombros.

por ser palabras usuales en el monte. Esta clase de conversacion cesó cuando los concurrentes volvieron la cabeza para ver los recién llegados, pero solamente por un segundo; en seguida continuaron los monótonos gritos del juego sin interrupcion. No podia equivocarse la clase de sitio en que estábamos. Á primera vista podia uno convencerse que era un verdadero infierno, y pude comprender que habia motivo para guardar todas las precauciones que mi compañero me habia encargado, y que todos sus amigos eran, en fin, de la mayor utilidad. Habia allí más de cincuenta hombres en una ancha sala alumbrada por

hermosas lámparas, cuya brillante luz sorprendía más aún viniendo de la oscuridad del patio. Estaban todos vestidos con trajes variados, como no podia ménos de suceder en una reunion de mejicanos en la que figuraban hombres de todas clases. Pude ver á mí alrededor uniformes diferentes, cuyas insignias comprendian todos los grados, desde el general hasta el alférez. Pero los más vestían de paisanos; algunos, como yo, llevaban el traje ranchero; otros, chaquetas de paño con pantalón de la hechura más vulgar, y no pocos tenían sobre sus hombros la tosca *frezuela*, ocultando su moreno ceño bajo su sombrero de fiel-

tro ó paja. Aparte de los militares (y no todos), jamás había yo visto tantas caras siniestras, como no fuese en la revista que aquel mismo día había pasado á los sombreros encarnados, y aun entre aquéllos y éstos no había mucho que escoger. Casi todos los presentes podían haberse tomado por bandidos, y seguramente no se hubiera cometido un gran error con semejante suposición, puesto que, en efecto, la mayor parte de ellos eran ladrones y materos de profesion, como supe despues, lo cual explicaba su ardiente patriotismo, ó al ménos sus pretensiones de patriotas, que no eran otra cosa que precauciones contra las leyes, á las que tantas veces habían faltado. Nadie ménos que nosotros podíamos censurar al Gobierno mejicano su indulgencia para con aquella clase de gente, puesto que justamente entonces teníamos una partida de ellos á nuestras órdenes, á quienes no solamente pagábaros, sino que aun eran mimados por nuestro jefe. Hasta entónces todavía no había yo dicho al coronel de lanceros por qué había yo deseado acompañarle á la Lechucita. No era en verdad muy necesario ni parecía que le importaba mayormente, porque apenas entramos en la sala, estubo una docena escasa de compañeros de su regimiento que se levantaron al verle, y sin perder tiempo se sentó á la mesa del monte y se puso á jugar. Como yo no estaba de humor de perder mi dinero, y no era ése el motivo que me había hecho acompañar al coronel, me dediqué inmediatamente á buscar al sujeto que me proponía encontrar en la Lechucita, que no era otro que el hombre del cual había hablado Espinosa designándole con los nombres de D. Hilario ó *el Guapo*. Paseando por el salon, fumando un cigarrillo con la misma naturalidad que si fuese un antiguo *habitú* de la casa, pasaba yo una silenciosa revista á todas aquellas preciosas fisonomías. Algunas de ellas las conocía de haberlas visto en los cafés y en las calles, ciertamente ninguna que me fuese familiar, y cuyo dueño pudiera decirse amigo mío, y ninguna tampoco, por desgracia, que tuviese el menor parecido con la que yo recordaba tan bien y buscaba con tanto afán. Cansado de pasearme inútilmente, no teniendo ya esperanza de encontrarla, iba á suplicar al coronel interrumpiese su juego por un momento y me acompañase hasta la puerta de la calle, cuando se abrió la de la sala y entró un hombre, que indudablemente era el del canal; pero ahora no llevaba cinta roja ni señal ninguna que indicase pertenencia á la partida del sombrero encarnado; muy al contrario, iba vestido como la primera vez que yo le vi en el paseo de las Vigas. No tuve necesidad de preguntar á Espinosa si aquél era D. Hilario, porque al pasar cerca de un grupo que había cerca de mí, oí á uno que decía: «Mira, ¡el Guapo!» Se fué derecho á la mesa de juego, y, ó no me vió, ó no me reconoció, lo cual, por supuesto, me causó gran alegría, porque me hubiera contrariado mucho en aquel momento su conversacion, que por otra parte no debía ser entre nosotros muy amistosa. El reconocimiento suyo hubiera sido muy peligroso para mí, y hubiera hecho inútil la presencia de la tarjeta con el supuesto nombre de D. Elezario. *El Guapo* debía conocer mi

cara demasiado bien, para confundirla con la del hacendado de Guadaluajara. Una vez lleno el objeto que me había llevado allí, lo que más me convenia era marcharme, y así lo hubiera hecho, dejando con gusto la Lechucita en el momento, si no me hubiera parecido mal irme sin mi compañero. Algo más que un deber de cortesía me animaba á esperarle. Afortunadamente, al ménos para mí, la suerte le fué contraria, como le sucedía casi siempre. Todo el dinero que había cambiado pasó á manos del jugador que tallaba en aquel momento, y aun tuve el gusto de ver desaparecer un par de monedas que me pidió, y que corríeron la misma suerte. Despues, cuando le aseguré que no tenía ni un solo dero en el bolsillo, se levantó de bastante mala gana, y muy pronto tuve el placer de verme otra vez fuera de la puerta de la Lechucita. Por el camino se le ocurrió preguntarme por primera vez por qué había tenido tanto empeño en ir á la casa de juego, donde no había siquiera aventurado una triste peseta.

— Mera curiosidad, señor coronel, y cierta afición por esta clase de aventuras.

— ¡Cáspita! — exclamó. — Es un procedimiento muy arriesgado por su parte de V., y cuyos peligros sin duda no conoce usted bien. Sepa V. que si en el sitio de donde acabamos de salir hubiera V. sido reconocido como oficial americano, en un momento se hubiese V. visto rodeado de armas dispuestas á romperle la cabeza, sin que mi proteccion hubiera podido servirle de nada; ¡Santísima! había sujetos ahí que hubieran sido muy dichosos destruyéndole á V. en pequeños pedazos. Ya puede V. dar gracias á Dios por haberse librado de ellos. Sinceramente puede V. repetir conmigo: ¡Gracias á Dios!

Mi visita á la Lechucita no fué tan provechosa como yo supuse. Había ido, no solamente para averiguar si D. Hilario era el mismo del sombrero encarnado, sino para cuidar, en este último caso, que, vigilando la casa de la Lechucita, pudieran mis soldados apoderarse de él. Pero todo fué inútil; por espacio de muchas noches esperaron mis guardias paseando los alrededores de la casa horas y horas. *El Guapo* no volvió.

CAPÍTULO XVIII.

¡LA GUARDIA!

Durante la ocupacion de la capital de Méjico, la gente de policía, como ya he dicho, estaba desempeñada por los soldados de nuestro ejército. Ciertos regimientos eran empleados en este delicado puesto, siendo jefes de ellos los *rifles*, por ser los que usaban esta clase de armas, y eran más superiores, más inteligentes, mejor educados y, por consecuencia, de mucha más confianza. Se escogían indiscutiblemente entre los regimientos de caballería ó de á pié, sirviendo los primeros como de infantería. Por supuesto, nosotros, sus oficiales, teníamos tambien nuestros veinticuatro horas de esta clase de servicio, que debíamos cumplir, y cumplíamos en efecto, con toda regularidad, visitando y cuidando toda la ciudad. Había pasado una semana desde nuestra cena en la fonda del Espíritu Santo, y estaba yo de servicio

como guardia de policía. Había llegado la noche, y en mis paseos por un sitio y otro, el cual podíamos escoger á nuestro gusto, se me ocurrió pasar una hora ó dos en lo que me pareció más distraído, en el teatro Nacional, que era en aquel tiempo uno de los mejores teatros del mundo, haciendo competencia con la Scala de Milán ó el de Tacón en la Habana. Seguramente, estando, como yo lo he visto, ocupado por las familias más distinguidas de Méjico, sus palcos y principales localidades llenas de hermosas mujeres de cabellos y ojos negros, vestidas de seda y adornadas de brillantes, hubo mucho que ningún otro teatro en el mundo pudiese presentar un conjunto más encantador. En aquella época trabajaba en él una compañía de verso española: generalmente todos los actores en los teatros de Méjico son españoles. Había entónces una estrella de la especialidad, que se distinguía entre todas; se llamaba Cañete, y debía hacer su primer salida aquella noche. Con este motivo, los palcos estaban ocupados por las principales familias, y las mil coquetonas de los abanicos, y otras muchas de varias clases, era cosa digna de ver para un extranjero. La comedia era *Don Juan Tenorio*, el original de todos los Juanes y Giovanni conocidos en todos los países del mundo.

Aquella noche era la segunda representación, y en uno de los entreactos salí delante de la fachada del teatro con el objeto de dar algunas instrucciones á los guardias que tenía allí. Cuando había concluido, y en el momento en que me preparaba á entrar de nuevo en el teatro ó una vez que me decía:

— Señor capitán, ¿puedo hablar dos palabras con su excelencia?

Como no había nadie donde yo estaba, comprendí que se dirigía á mí, y, volviéndome, miré al que me había hablado: era un hombre trapiento, al cual reconocí bien pronto, pues no era otro que el *Pelado*, que tan cortesmente había contestado á mis preguntas en el paseo de las Vigas y cuyos ofrecimientos para otra clase de servicios había yo rechazado con tanta indignación. Mi primer idea fué hacer lo mismo y no prestarme á oírle; pero el recuerdo de la jóven India me hizo cambiar de parecer. Desde el día en que había besado mi mano tan cariñosamente, día cuyo recuerdo me era tan grato, no había vuelto á verla, ni á su hermano. El boté no volvió al mercado, y recordando lo que el jóven dijo, empezaba á desesperar de verlos venir otra vez. Aquel hombre lo conocía; quizás podría darme noticias suyas, que tanto deseaba, y como consecuencia de estas reflexiones, en lugar de seguir mi primer impulso y despedirme, le respondí:

— Ciertamente, amigo mío; ¿qué desea V. decir?

— No gran cosa, señor; pero, ante todo, permítame V. que le dé las gracias por esta concesión. En nuestra última entrevista, si su excelencia recuerda, oíó V. mi discurso de una manera algo ruda. Yo tengo motivo para estar ofendido, y no me hubiera acordado á V. otra vez si no hubiese tratado más que á mí; pero se trata de otra persona.

— ¿De quién? — le dije sintiendo mi corazón latir con violencia al hacerle esta pregunta.

— De alguien que tiene á su excelencia en gran estima. ¡Ah! más que eso; que le quiere, que le adora.

No está en la naturaleza del hombre hacer otra cosa que lo que yo hice; volví á preguntar en otra forma, pero con más interés aún:

— ¿Quién?

No es posible que haya un mortal más dichoso; no cabe más felicidad que la que yo sentí al oír esta simple respuesta:

— La Reina de los Lagos.

Al oírle olvidé toda la repugnancia que hasta aquí me había inspirado aquel hombre, y me consideré muy dichoso de poder oír todo lo que tenía que decirme; aun le pregunté una vez más con impaciencia, comprendiendo por su expresión que aún tenía más que decirme.

— Pues bien, como he tenido ántes el honor de advertir á su excelencia—continuó el *Pelado*, notando evidentemente mi gran impaciencia y tal vez divirtiéndose en mortificarme con sus preámbulos—no tengo mucho que decir. En este asunto mi deber es más bien obrar; yo he sido comisionado como correo parlante; así, oiga V. á la muchachita que habla en mi lugar; quizá la oiga V. á ella con más paciencia de la que parece que tiene V. conmigo.

Y diciendo esto meó un papel de su bolsillo y me lo dió diciendo:

— Un billeteito.

Dejándole donde estaba me acerqué á una lámpara á cuya luz lei lo siguiente. El sobre tenía una dirección de lo más complicado, que le llenaba casi por completo. «Para el Capitán-comandante de los dragones, en el cuartel cerca del paseo de las Vigas.» Mi regimiento no era de dragones, pero esta equivocación no era de importancia, y la carta, como yo suponía, era para mí; la abrí y lei:

«Señor muy estimado: La última vez que le vi me dió V. que tendría gusto en ver una chinampa. Si no ha cambiado V. de parecer, nos alegraríamos que viniese á ver la nuestra. Mi padre y mi hermano le recibirán á V. muy bien, y no necesito decir que yo lo mismo. ¡Ah, señor! Cuando recuerdo lo que hizo V. por mí, ¡cómo lo agradezco, salvador mío! Siempre me acordaré de V. con el mayor agradecimiento, y tendría mucho gusto en volver á ver á usted; pero esto no es posible, como V. no venga aquí, porque mi padre no quiere dejarme ir más á la ciudad. Diga V., pues, que vendrá por complacerme.

LORITA.

«Pondrá. Nuestra chinampa está en el lago de Chalco, más allá de Tlalnac; pero no necesita V. de nadie que le guíe, porque el portador de esta, que es un antiguo amigo de mi padre, sabe el camino y le traerá á V. en su bote.»

Lei este billete con emociones bien diferentes, variadas y opuestas unas de otras: sorpresa, placer y pena. Sorpresa de que la hubiera escrito; contento lisonjeador con su contenido, pero triste de su *bizarrerie*, de su atrevimiento.

Recordé las insinuaciones que el portador del billete me había hecho en nuestra última entrevista, y cuán fácilmente esta conquista podría terminarse;

pensé en las murmuraciones del coronel Espinosa y de los hechos que él aseguraba haber presenciado. Aquella carta parecía confirmarlo todo. «Venga usted por complacerme» era una frase demasiado expresiva, considerando que yo no la había dirigido ni una palabra, no ya de amor, pero ni aun de galantería. Y porque me llamaba «su salvador», si era verdad lo que decía el coronel, no podía yo explicarme que me agradeciese haberla salvado del que, según Espinosa, estaba con ella en la mejor inteligencia. No podía creer que al besarme la mano fuera con otra intención que la que yo le había siempre supuesto: puro agradecimiento. Con todas estas ideas claro es que la lectura del billete me dejó una impresión de tristeza que apenas podía explicarme; pero que ¡ay! era bien grande.

Y, sin embargo, tal vez yo pienso mal. Tré y quizá todo quede explicado. La carta estaba escrita de mano masculina; es decir, que no la había escrito ella, que regularmente no escribía. Era obra, sin duda, de uno de esos escribientes de portal, llamados allí *evangelistas*, de los cuales hay uno en cada pueblo de Méjico y muchos en las grandes poblaciones. Era posible que él mismo se dedicase á esta clase de literatura y ella le hubiese empleado para escribirme el billete. Dictando la idea general que quería expresar, él había añadido los pasajes sentimentales que suponía serían muy agradables al que iban dirigidos; éste es el procedimiento que se usa generalmente en esta clase de correspondencias. Considerada la carta bajo este nuevo punto de vista, no la encontraba tan mal, y me decidí á aceptar la invitación que tan inesperadamente recibía. Una vez á su lado, me sería muy fácil convencerme por mi mismo si era en efecto lo que el coronel Espinosa decía y el billete confirmaba. Todo esto pasó por mi imaginación en ménos de un minuto, y volviendo al mensajero, que estaba esperando, y, según pude ver, observándome con la mayor atención, le dije:

—¿Es cierto que V. tiene una barca?

—Sí, señor; su excelencia no sabe, sin duda, que yo soy un pescador.

—¡Ah! ¿V. es pescador? — De todo tenía trazas ménos de tal cosa. — ¿Y puedo contar con su barca de V. para mañana por la mañana.

—Desde luego, señor; la barca, con este su humilde servidor para conducirla. ¿Dónde y á qué hora desea su excelencia que le espere?

Reflexioné un momento. La parada de la mañana se concluiría á eso de las diez; pero, por más seguro, le cité á las once, en el puente que cruza el canal cerca de mi casa. Se me ocurrió hacerle esta pregunta:

—¿Cuánto piensa V. hacerme pagar por llevarme á esas chinampas; quiero decir, dónde....

—¡Oh, su excelencia! — dijo interrumpiéndome al ver que me disgustaba nombrar el sitio. — Comprendo perfectamente.

—¿Cuánto, pues?

—Ni un solo *claco*.

—¡Oh, de ningún modo! Supongo que no es usted bastante rico para desperdiciar así su tiempo en trabajos inútiles.

— Soy tan pobre como fué San Lázaro, señor capitán; sin embargo, me puedo permitir el lujo de prestar este pequeño servicio gratuitamente á su excelencia, á quien soy deudor de algo que vale mucho más, como ya he tenido el honor de manifestarle en otra ocasión.

Por segunda vez miré detenidamente la cara del *Pelado*; pero, ¡por vida mía! puedo asegurar que no recordaba haberle visto jamás, como no fuera en el paseo de las Vigas. Y mucho ménos recordar el servicio que tanto parecía agradecer. Otra vez le supliqué me explicase este misterio, y de nuevo se negó á complacerme, diciendo:

— Eso es lo de ménos, señor. Por ahora es mucho mejor que no hablemos de eso; mañana, por el camino de chinampas, á la ida ó á la vuelta, le prometo á V. ser más comunicativo.

— Sea como V. quiere; pero tiene V. que nombrar una cantidad por el alquiler de su barca; no puede consentir en ocuparla todo un día sin pagarla.

— Ni siquiera un *claco* — repitió dando esta vez á sus palabras mayor energía y firmeza. — Puede su excelencia atribuirlo á generosidad ó gratitud, pero no tomaré ni una peseta. Además su excelencia no piensa que hay una tercera persona que consultar en este asunto. ¿Qué pensaría de mí la *bella* si al llevarla una persona que tanto desea....

— ¡Basta! — le dije interrumpiéndole. — Está usted en el puente del canal, á las once. ¿Puedo fiar en su puntualidad?

— Con toda seguridad, señor capitán; estaré allí con mi bote al dar las once en la catedral. Buenas noches, *excelencia*; hasta mañana.

Se quitó el sombrero, saludó con una gracia que hubiera envidiado el mismo Chesterfield, y, dando media vuelta, desapareció. Aquella noche era para mí noche de sorpresas continúas. Apenas había salido de una sobrevino otra. Hacía un momento que el *Pelado* había hecho su gracioso saludo, y cuando me disponía á volver á entrar en el teatro, un jóven mejicano de la clase *rica* vino corriendo hácia mí gritando:

— ¡Señor, señor, venga V. conmigo, venga usted conmigo!

— ¿Dónde y para qué?

— Á nuestro palco; hay en él un hombre insultando á mis hermanas con toda clase de groserías!

— ¿Qué clase de hombre?

— Un oficial americano.

— ¡Un oficial americano insultando á unas señoras! Debe V. estar equivocado, caballero.

— ¡No por cierto, señor; es como se lo digo á usted, venga V. pronto!

Yo había ya echado á andar y le seguí por el corredor donde están los palcos, en la creencia de que algún soldado que hubiere bebido más que lo regular se habría subido desde el patio y metido dentro del palco de aquella familia, insultando de este modo á las hermanas del jóven.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

—Vamos—dijo—el muchacho comprende, puesto que no grita; la razon entrará en esa cabecita, y mañana....

—¡Oh! señor, dejadme con la tía Barberin. ¡Os lo ruego!

Antes de poder seguir, me interrumpió un formidable ladrido de *Cipi*.

Al mismo tiempo se lanzó el perro hácia la mesa en que *Joli-Cœur* estaba sentado.

Aprovechando éste el momento en que todos me miraban, había cogido el vaso de su amo, que estaba lleno de vino, y se disponía á beber el contenido. Pero *Cipi*, que era un excelente guardian, vió la pérdida del mono, y cumpliendo como un fiel servidor, trató de impedir que realizase su intento.

—Señor *Joli-Cœur*—dijo Vitalis con severo tono—sois un gloton y un pícaro; id allí, al rincón, y ponéos con la cara arrimada á la pared; y vos, *Zerbino*, colocaos ante él de centinela; si se mueve, dadle una buena dentellada. En cuanto á vos, señor *Cipi*, sois un buen perro; tendéme vuestra mano para que yo la estreche.

Mientras obedecía el mono dando pequeños y ahogados gritos, el perro alargaba la pata á su amo con cierto ademán de orgullo.

—Ahora—continó Vitalis—volvamos á nuestro negocio. Os doy, pues, treinta francos.

—No, cuarenta.

Establóse una discusion, pero Vitalis la interrumpió diciendo:

—Este niño debe fastidiarse aquí; que vaya al patio de la posada á pasear y á divertirse.

Al mismo tiempo hizo una señal á Barberin.

—Sí, eso es—dijo éste—vé al patio; pero no te muevas sin que yo te llame, porque de lo contrario, me enfadaré.

No había más sino obedecer, y esto fué lo que hice.

Me dirigí, pues, al patio, pero no tenía ganas de diversion. Me senté en una piedra, poniéndome á reflexionar.

En aquel momento se decidía mi suerte. ¿Cuál sería? El frio y la angustia me hacían tritar.

La discusion entre Vitalis y Barberin duró largo tiempo, pues trascurrió más de una hora hasta que el último entró en el patio.

Quando le vi aparecer iba solo, ¿Me buscaba para entregarme en manos de Vitalis?

—¡Vamos—me dijo—á casa!

¡Á casa! ¿Ya no abandonaba á la tía Barberin?

Hubiera querido interrogarle, pero no me atreví, porque me pareció que estaba de mal humor.

Por el camino fuimos con el mayor silencio.

Diez minutos ántes de llegar se detuvo Barberin, que iba delante:

—Te advierto—me dijo asiéndome rudamente por una oreja—que si cuentas una sola palabra de lo que acabas de oír, me lo pagarás muy caro; ¡ten cuidado!

CAPÍTULO IV.

LA CASA MATERNA.

—¿Qué ha dicho el alcalde?—preguntó la tía Barberin al vernos entrar.

—No le hemos visto.

—¿Cómo! ¿no le habeis visto?

—No; le encontrado algunos amigos en el café de Nuestra Señora, y cuando salimos era demasiado tarde; mañana volveremos á la alcaldía.

Esto me hizo entender que Barberin había renunciado á su negocio con el hombre de los perros.

Durante el camino me había yo preguntado más de una vez si sería una astucia aquel regreso á casa; pero las últimas palabras alejaron las dudas que se agitaban confusamente en mi turbado espíritu. Puesto que al otro día debíamos volver al pueblo para hablar con el alcalde, era evidente que Barberin no había aceptado las proposiciones de Vitalis.

Sin embargo, á pesar de sus amenazas, hubiera hablado con la tía Barberin si hubiese podido encontrarme solo con ella por un instante; pero su marido no salió de casa en toda la noche y me acosté sin hallar la ocasion que buscaba.

Me dormí prometiéndome que la hablaría á la mañana siguiente.

Pero quando me levanté no vi á la tía Barberin.

—¿Mamá?

—Está en el pueblo y no volverá hasta el mediodía.

Sin saber por qué, me inquietó aquella ausencia. El día anterior no dijo que pensaba ir al pueblo. ¿Por qué no había esperado para acompañarnos si debíamos ir por la tarde? ¿Habria vuelto á la hora de marchar?

Un vago temor se apoderó de mí; sin darme cuenta del peligro que me amenazaba, tuve presentimiento de él.

Barberin me miraba de una manera muy extraña y poco á propósito para tranquilizarme.

Descooso de escapar de sus miradas, me fui al huerto.

No era muy grande, pero tenía para nosotros un valor considerable, porque nos suministraba el alimento, proporcionándonos, excepto el trigo, todo lo que comíamos: patatas, habas, coles, zanahorias y nabos. No había un solo palmo de terreno perdido. Sin embargo, la tía Barberin me había dado un rinconcito en el cual requi una infinidad de plantas, hierbas y musgo que cogía por la mañana en el lindero de los bosques ó á lo largo de los setos cuando guardaba nuestra vaca, y que plantaba en el huerto por la tarde, sin orden alguno, al acaso y unas al lado de otras.



Si encantas una sola palabra, me lo pagaría muy caro.

Realmente no era un hermoso jardín, con calles bien enarenadas y platabandas llenas de raras flores; los transeúntes no se paraban ni un minuto para contemplarle por encima del seto vivo de espino cortado con tijeras; pero tal y conforme era tenía el mérito y el encanto de pertenecerme. Era mi propiedad, mi riqueza, mi obra; la arreglaba como quería, según mi capricho del momento, y siempre que hablaba de él, y hablaba veinte veces al día, le llamaba ¡mi jardín!

El verano anterior había recogido y plantado mi colección, y en la primavera siguiente era cuando debían brotar, las especies precoces primero y las demás sucesivamente.

Por eso estaba mi curiosidad muy excitada.

Los junquillos mostraban ya sus yemas, cuya pun-

ta era amarilla; las lilas nacían con gran vigor, y del centro de las rizadas hojas de las primulas salían botones que parecían dispuestos á desplegar sus flores. ¿Cómo florecería todo aquello?

Este era un problema cuya solución buscaba todos los días.

Pero había otra parte del huerto que también estudiaba con un sentimiento más vivo que la curiosidad, es decir, con una especie de anhelo.

En aquella parte del huerto había plantado una legumbre que me dieron y que era casi desconocida en el pueblo: la cotufa. Me habían dicho que producía tubérculos mucho mejores que los de la patata, por que sabían á alcachofa, á nabo y á otras muchas legumbres. Tan hermosas promesas me inspiraron la idea de preparar una sorpresa á la tía Barberin. Nada la dije de aquel regalo; planté mis tubérculos en el huerto; cuando crecieron los tallos, hice creer que era una planta de flor; un día, cuando llegó á la madurez, aproveché la ausencia de la tía Barberin para arrancar mis cotufas y cocerlas; ¿cómo? no lo sabía; pero mi imaginación no se inquietaba por aquel pequeño detalle, y cuando la tía Barberin entró para cenar, le serví mi plato.

No puedo describir su asombro y su alegría.

Tomamos una nueva vianda para reemplazar las eternas patatas, y la tía Barberin no sufriría tanto á causa de la venta de la pobre *Rousselle*.

El inventor de aquel manjar era yo, Kemi; es decir, que yo era útil en la casa.

Con aquel proyecto en la cabeza, se comprende perfectamente que debía prestar gran atención al crecimiento de mis cotufas; todos los días iba á examinar el rincón en que las había plantado, y en mi impaciencia creía que nunca prosperarían.

Me hallaba de rodillas en el suelo, apoyado en las dos manos, con la nariz pegada á las cotufas, cuando de pronto oí que una voz apresurada pronunciaba mi nombre. Era que Barberin me llamaba.

¿Qué quería?

Me apresuré á entrar en casa.

¿Cuál sería mi sorpresa al ver delante de la chimenea á Vitalis con sus perros!

Al momento comprendí lo que Barberin quería.

Vitalis iba á buscarme, y con el objeto de que la tía Barberin no pudiese defenderme, hablaba enviado su marido al pueblo desde muy temprano.

Conociendo que no debía esperar socorro ni compasión de Barberin, recurri á Vitalis.

— ¡Oh, señor! — grité — ¡os ruego que no me lleveis!

Y rompí á llorar.

— ¡Vamos, hijo mío — me dijo con dulzura — conmigo no serás desgraciado; yo no pego á los niños, y además tienes la compañía de mis discípulos, que es muy entretenida! ¿Qué echas de menos?

— ¡La tía Barberin, la tía Barberin!

— Por más que grites no has de permanecer aquí — dijo rudamente Barberin, cogiéndome por una oreja; — el señor, ó el hospicio; escoge!

— ¡No! ¡la tía Barberin!

— ¡Acabarás por enfadarme! — gritó Barberin

montado en cólera;—; si quieres salir de aquí á bastonazos, lo conseguirás!

—Este chico es de menos á la mujer que le ha criado—dijo Vitalis;—por eso no se le debe pegar; demuestra que tiene corazón, y es buena señal.

—Si os compadeceis de él, va á llorar con más fuerza.

—Vamos, al negocio.

Mientras decía esto, puso Vitalis en la mesa ocho piezas de cinco francos, que Barberin hizo desaparecer en su bolsillo con una destreza digna del más hábil prestidigitador.

—¿Dónde está el lio?—preguntó Vitalis.

—Aquí—respondió Barberin enseñando un pañuelo de algodón azul anudado por las cuatro puntas.

Vitalis desató los nudos para mirar lo que había dentro, encontrando dos camisas y un pantalón de lienzo.

—No es esto lo convenido—dijo Vitalis;—debíais darnos su equipo y no encuentro más que andrajos.

—No tiene otra cosa.

—Si preguntase al chico, estoy seguro que os desmentiría. Pero no quiero disputar sobre eso. No tengo tiempo. Es preciso que marchemos en seguida. Vamos, pequeño. ¿Cómo se llama?

—Kemi.

—¡Ea, Kemi, toma tu lio y pasa delante de Capi! ¡De frente, marchen!

Extendí las manos hacia él y luego hacia Barberin; pero volvieron ambos la cabeza y sentí que Vitalis me cogía por la muñeca.

Era preciso marchar.

¡Ah! al abandonar aquella pobre casa, y cuando puse el pié en el umbral, me pareció que dejaba allí algo de mí mismo.

Miré rápidamente en torno mio, pero oscurecidos



Era mi propiedad, mi riqueza.

mis ojos por las lágrimas, no vieron nadie á quien pedir socorro; nadie había en el camino, nadie en las cercanías.

Entonces me puse á gritar:

—¡Mamá, tía Barberin!

Nadie respondía á mi voz, que se extinguió en soledad.

Fue preciso seguir á Vitalis, que no me había soltado la mano.

—¡Buen viaje!—exclamó Barberin.

Y se entró en la casa.

¡Ay! todo había concluido.

—Vamos, Kemi, en marcha, hijo mio—dijo Vitalis.

Su mano tiró de mi brazo.

Empecé á caminar á su lado. Felizmente no apresuré el paso y aun creo que le arregló al mio.

El camino que seguíamos subía en forma de herradura por la falda de la montaña, y á medida que me alejaba veía la casa de la tía Barberin disminuyendo de tamaño por momentos. Con frecuencia había yo

andado por aquel camino, y sabía que cuando estuviésemos en lo más alto aun vería la casa; pero al avanzar un poco más en la planicie, toda acabaría; nada: delante de mí, lo desconocido; detras, la pobre morada en que viví feliz hasta aquel día y que acaso no volviese á ver jamás.

Felizmente, se empleaba mucho tiempo en subir; sin embargo, á fuerza de caminar llegamos á la cúspide.

Vitalis no me había soltado la mano.

—¿Queréis dejarme descansar un rato?—le dije.

—No tengo inconveniente, hijo mio.

Por primera vez me dejó libre.

Pero al mismo tiempo vi que su mirada se dirigía á Capi, haciéndole una señal que el perro comprendió perfectamente.

En el momento, y como si fuese un perro de ganado, abandonó Capi la cabeza de la compañía y vino á colocarse detras de mí.

Aquella maniobra acabó de hacerme comprender lo que la señal me había ya indicado: Capi era mi

guardian; si hacia el más ligero movimiento para ponerme en salvo, se arrojaría el perro sobre mí.

Fui á sentarme en la cuneta cubierta de musgo, y Capí me siguió de cerca.

Desde allí, con los ojos enturbiados por las lágrimas, busqué la casa de la tía Barberin.

A nuestros piés descendía el valle que acabábamos de dejar, cortado por bosques y praderas, y á lo lejos, en lo más hondo, se levantaba sola la casa materna en que me habia criado.

Era tanto más fácil de encontrar en medio de los árboles, cuanto en aquel instante salía de su chimenea.



Vitalis no me había soltado la mano.

nea una pequeña columna de humo amarillento que subía rectamente por la tranquila atmósfera, elevándose hasta nosotros.

Fuera ilusión ó realidad, aquel humo me llevaba el olor de las hojas de encina que se habian secado en las ramas de los haces con que alimentábamos el fuego durante el invierno; me pareció que aun estaba junto al hogar, sentado en mi banquillo, con los piés metidos en la ceniza, cuando el viento que se introducía por la chimenea nos lanzaba el humo á la cara.

A pesar de la distancia y de la altura á que nos encontrábamos, conservaban los objetos sus formas claras y precisas, aunque reducidas á menores dimensiones.

Nuestra gallina, la única que nos quedaba, iba de aquí para allá encima del estiércol, pero no tenía su tamaño ordinario, y si no la conociera bien, la hubiese tomado por un pichón. Al otro extremo de la casa veía el peral de retorcido tronco que por mucho tiempo me había servido de caballo. Al lado del ar-

yo que trazaba una línea blanca en la verde hierba, afinaba el canal de derivación que iba á poner en movimiento una rueda de molino construida por mis manos, y que jamás pudo hacer marchar, no obstante el trabajo que me habia costado.

Túdo estaba en su sitio de costumbre: mi carreton, mi arado hecho de una rama torcida, la gazapera en que criaba los conejos, cuando los teniamos, y mi jardín, mi querido jardín.

¿Quién veria florecer mis pobres plantas? ¿quién cultivaría mis cotufas? Sin duda Barberin, el inicu Barberin.

Un paso más y todo desapareceria.

De repente vi una cofia blanca por el camino que desde el pueblo conduce á la casa. Luego desapareció detras de un grupo de árboles, y al poco rato volvió á aparecer.

Era tal la distancia, que no distinguia sino la blancura de la cofia, que, semejante á las mariposas de primavera, de pálidos colores, revoloteaba entre las ramas.

Hay ocasiones en que el corazón ve con más claridad y á mayor distancia que la vista más penetrante: reconocí á la tia Barberin; era ella, estaba segura; sabia muy bien que era ella.

—Vámos—dijo Vitalis—¿nos ponemos en marcha?

—Oh, señor, os ruego!....

—Es falso lo que me decian: tienes las piernas muy débiles; no hemos andado ni un kilómetro y ya estás fatigado; esto no me promete buenas jornadas.

Yo no contesté ni una palabra, y me puse á mirar de nuevo.

Era la tia Barberin; era su cofia blanca; era su zagalejo azul; era ella.

Caminaba muy de prisa, como si tuviera gran deseo de entrar en su casa.

Cuando llegó delante de la empalizada, empujó la puerta y cruzó el corral precipitadamente.

En el momento mismo me subí á la cuneta sin acordarme de *Capi*, que saltó á mi lado.

La tia Barberin no permaneció mucho tiempo en la casa. Volvió á salir, corriendo por el huerto con los brazos extendidos.

Indudablemente me buscaba.

Yo me incliné adelante gritando con todas mis fuerzas:

—¡Mamá, mamá!

Pero como mi voz no podia bajar, ni dominar el murmullo del arroyo, se perdió en el aire.

—¿Qué te sucede?—me preguntó Vitalis—¿te vuelves loco?

No le contesté, y seguí con los ojos fijos en la tia Barberin; pero ella no creia que estuviera tan cerca, y no pensó en levantar la cabeza.

Habia atravesado el corral y llegado al camino; miraba afanosamente en todas direcciones.

Yo grité con más fuerza, pero con tan poco fruto como ántes.

Sospachando entonces Vitalis lo que pasaba, subió tambien á la cuneta.

No necesitó mucho tiempo para desenterrar la cofia blanca.

—¡Pobrecillo!—dijo á media voz.

—¡Oh!—gritó animado por estas palabras de compasion;—os ruego que me dejéis volver.

Pero en vez de acceder á mi súplica me obligó á bajar al camino.

—Bastante has descansado—dijo—vamos, muchacho.

Quise desasirme, pero me tenia cogido con fuerza.

—¡*Capi*!—dijo—¡*Zerbino*!

Los dos perros me rodearon: *Capi* se puso detras, *Zerbino* delante.

No hubo más remedio que seguir á Vitalis.

Después de dar algunos pasos volví la cabeza.

Habiamos traspuesto la cima de la montaña y ya no vi ni la casa ni el valle. Solamente divisaba á lo lejos las colinas azuladas que parecian subir hasta el cielo, y mi vista se perdió en el espacio sin límites.



Mamá, mamá.

CAPÍTULO V.

EN MARCHA.

Porque un hombre adquiera niños en cuarenta francos, no se debe suponer que sea un ogro y que haga provision de carne humana para su alimento.

Vitalis no queria comerme, y por excepcion rara entre los compradores de niños, no era un hombre perverso.

No tardé en tener la prueba de esta verdad.

Precisamente en la cresta de la montaña que separa la cuenca del Loire de la del Dordogne era donde habia vuelto á cogernos por la mano, y casi en el momento mismo empezamos á bajar por la vertiente meridional.

Después de haber caminado durante un cuarto de hora me soltó el brazo.

—Ahora, camina despacio á mi lado; pero no olvides que si quisieras huir no tardarían en alcanzarte *Capi* y *Zerbino*, cuyos dientes son bastante puntiagudos.

Comprendí que sería imposible emprender la fuga y que por consiguiente era inútil intentarlo.

Di un suspiro.

—Estás apesadumbrado—continuó Vitalis—y no te censuro por eso. Puedes llorar libremente si lo deseas, pero procura darte cuenta de que no te llevo conmigo para hacerte daño. ¿Qué hubiera sido de tí? Probablemente te hubieran llevado al hospicio. Las personas que te criaban no eran tus padres. Tu mamá, como la llamas, ha sido buena para tí y la quieres; sientes mucho abandonarla, todo eso está muy bien; pero reflexiona que no hubiera podido conservarte á su lado contra el deseo del nacido. Esto no es quizás tan duro como tú crees. Carece de recursos, está inútil para el trabajo, y piensa que no debe morir de hambre para darte de comer. Desde hoy es preciso que conozcas que la vida es una batalla en la que no se hace siempre lo que se quiere.

Indudablemente estaban dictadas aquellas reflexiones por la experiencia, ya que no por la sabiduría. Pero en aquel momento un hecho gritaba más alto que todas las consideraciones: la separación.

Ya no volvería á ver á la que me crió, acariciándome y queriéndome, á mi madre.

Esta idea me apretaba la garganta, ahogando la respiración.

Sin embargo, caminaba junto á Vitalis, tratando de grabar en mi ánimo lo que acababa de decirme.

Todo era verdad; Barberin no era mi padre y no había razón alguna que le obligase á sufrir por mi causa toda clase de privaciones. Si voluntariamente me había recogido y alimentado, ahora me echaba de su casa porque ya no podía atender á mi sustento. En realidad, yo no debiera acordarme de aquel día, pensando en él, sino en los muchos años pasados en su casa.

—Reflexiona bien acerca de lo que te he dicho, hijo mío—repetía con frecuencia Vitalis—y puedes estar seguro de que no serás desgraciado conmigo.

Después de bajar una cuesta bastante rápida, llegamos á una vasta planicie que se extendía hasta perderse de vista. Ni una casa, ni un árbol. Una llanura cubierta de brezos rojos; de trecho en trecho grandes manchas de retamas desmenuadas que ondeaban á impulsos del viento.

—Ya ves—me dijo Vitalis extendiendo una mano hacía la llanura—que sería inútil toda tentativa de fuga, pues en poco tiempo serías alcanzado por *Capi* y por *Zerbino*.

¿Huir! no lo pensaba. ¿A dónde hubiera ido? ¿á casa de quién?

Después de todo, aquel anciano de hermosa figura y blanca barba no sería tan terrible como yo pensé desde el primer instante; y si era mi amo, acaso no fuese un amo cruel.

Auduvimos largo tiempo en aquellas tristes soledades, no dejando el páramo más que para entrar en campos llenos de antorchales, y sin ver á nuestro

alrededor, en toda la extensión que la mirada desentibia, otra cosa que algunas eminencias de redondeas é incultas cimas.

Tenía yo otra idea formada de los vírjes, y cuando en mis infantiles sueños había abandonado mi aldea, era para dirigirme á hermosas regiones que no se parecían en nada á la que la realidad me mostraba en aquel momento.

Era la primera vez que hacía una marcha seguida y sin descansar.

Mi amo avanzaba á grandes y acompasados pasos, llevando á *Joli-cœur* en el hombro ó en el morral, y á su alrededor trotaban los perros sin separarse unos de otros.

De vez en cuando les dirigía Vitalis algunas palabras amistosas, ya en francés, ya en otra lengua desconocida para mí.

Ni él ni ellos pensaban en la fatiga, pero no me sucedía á mí lo mismo. Estaba rendido. El cansancio físico, juntamente con el dolor moral, me había agotado las fuerzas.

Arrastraba las piernas y seguía á mi amo haciendo desesperados esfuerzos. Sin embargo, no me atrevía á pedirle que nos detuviésemos.

—Te molestan los zuecos—me dijo;—en Ussel te compraré unos zapatos.

Estas palabras me infundieron valor.

En efecto, los zapatos era una de las cosas que más había deseado siempre. El hijo del alcalde y el del posadero tenían zapatos, y por eso los domingos, cuando llegaban á misa, se deslizaban sin ruido sobre las sonoras losas del pavimento, mientras que nosotros los aldeanos hacíamos un estrépito infernal con nuestras almadrabras.

—¿Está muy lejos Ussel?

—He oído un grito del corazón—exclamó Vitalis riendo;—¿tienes muchos deseos de poseer unos zapatos? Está bien, te los prometo claveteados. Y te prometo también un calzon de veludillo, una chaqueta y un sombrero. Esto enjugará tus lágrimas y espero que también te dé fuerzas en las piernas para andar las seis leguas que nos faltan.

¡Zapatos claveteados! Yo estaba desvanecido. La idea de calzarme con ellos me parecía un sueño, y al pensar que tendrían clavos, olvidaba mis pesares.

No, de ningún modo; mi amo no era un hombre cruel.

¿Hubiera notado un infame que me fatigaban los zuecos?

¡Zapatos, zapatos con clavos! ¡un calzon de veludillo! ¡una chaqueta! ¡un sombrero!

¡Ah, si me viera la tía Barberin, qué contenta se pondría!

Era una desgracia que Ussel estuviese tan distante!

Felizmente, vino el tiempo en mi auxilio.

El cielo, que había estado azul desde nuestra partida, fué cubriéndose lentamente de nubes grises, y no tardó en caer una lluvia fina y continuada.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORRNO FUENTES.

II.

Tres algunos instantes de silencio interrumpióle al fin el capitán con acento conmovido:

—Y bien, Clotilde; ¿por qué cuando despedime de ti para emprender una larga y peligrosa navegación, no me distes cuenta de esos sucesos? Hubiéramos entonces adoptado de común acuerdo una resolución conveniente....

—¡Ah, Félix! Nada te dije porque no habrías aca-so consentido en tenerme á tu lado á bordo, y porque temí provocar un choque terrible entre el capitán Crósbow y tu persona.... Concertéme entonces con el contramaestre *Barranca*, y en el traje que ves, tres días antes de que te hicieras á la vela, me instalé á bordo.... Comenzo cuán imprudente y digno de censura es en una mujer honrada el hecho que he realizado y hállome en tu presencia confusa, avergonzada y casi arrepentida.... ¡Ah! tuve un momento de extravío....; Perdoname, Félix, perdoname!

Y ocultó su rostro entre las manos, y fijó sus miradas en el suelo sin atreverse á levantar los ojos ante el hombre que con respetuoso arrobamiento la contemplaba.

—Calma tu agitación, hermana mía, —dijola éste.

—¡Perdoname! —balbuceó la joven con dolorido acento.

—¡Cuán niña eres! ¿Qué puedo perdonarte, si, en realidad, no has incurrido en falta alguna? Hubiera, ciertamente, deseado tener ántes noticia de la odiosa conducta de ese hombre, porque en ese caso....

—Ya te manifesté las razones que me indujeron á no revelarte.... Además, si me quedaba en Algeciras veríame tal vez expuesta al odio y á la venganza de tu tío....

—No le nombres así. La noble sangre de los Ballesta no debe por estilo alguno ser la suya. ¡Ah! cuando pienso que, hace seis días, no hallándome yo á bordo, se introdujo en este camarote, forzó el pú-pitre y la papelera....

—¡Cielos! ¿Qué dices?

—En la honrosa ocupación de examinar mis papeles lo sorprendí.... El villano pretendió después consumar su atrevido asesinando porque increpé-dosamente, como merecía, su punible acción....

—¡Ay Dios, me asustas! ¿Y no le entregaste á la justicia?

—No, le dejó marchar libremente.

—Entonces, esa leve herida que tienes en la mano izquierda no te la inferiste tú, como dice la gente de á bordo.

—No, fué él.

—¡Ah! ahora bendigo á la Providencia que impulsóme á refugiarme en tu bergantín. Aunque débil mujer, mi pecho te servirá de escudo contra toda clase de asechanzas....

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada —repuso Clotilde un sí es no es vacilante y recelosa.

III.

—Tus anteriores palabras —objetó el capitán tras breve pausa — parecen misteriosas, mi buena amiga.

—No, ¿por qué? —balbuceó turbada la joven.

Félix Ballesta no quiso insistir aunque notó la perplejidad de Clotilde; ántes bien, dando otro giro á la conversación, continuó diciendo:

—Cuando el capitán Crósbow, mortal enemigo de su familia, abandonó mi buque, advertí que había sustraído de mi gaveta un papel de suma importancia.... Por fortuna, posco una copia.... No tuvo tiempo para apoderarse de otros documentos; sin embargo, basta el que tan indignamente ha adquirido para darle á conocer mi secreto, y conceptúo que intentará tal vez....

—¿Causarte daño?

—Más que eso: destruirme, aniquilarme tal vez....

—¡Me haces temblar, Félix!

—Preveo, casi adivino, que en la incesante persecución con que de treinta años á esta parte nos abruma ese hombre, hemos llegado ya á la última etapa. Hasta aquí, mi padre y yo, respetando los lazos de la sangre, habemos sufrido con resignación ejemplar las calumnias, los odios, las venganzas de nuestro tenaz enemigo; más aún, bien lo sabes, Clotilde, muchas veces le hemos devuelto bien por mal. No hace muchos días, en esta misma cámara le dí elocuente testimonio de prudencia y generosidad.... Pero si en la empresa que me propongo acometer se interpone en mi camino, conocedor de ella por el papel que me ha arrebatado, le haré frente sin consideración alguna hasta que uno de los dos perezca en la demanda....

—¡Cielos! ¿qué dices? —exclamó la joven poseída de espanto.

—Sí —repuso con viva exaltación el capitán— si hasta ahora he soportado que ese hombre, desde treinta años á la fecha, día por día, amargara hasta en sus últimos momentos la existencia de mi padre, que era también la mía; si he tolerado pacientemente que me usurpara cuanto de derecho me correspon-

día, no sufriré que pretenda arrebatarme el glorioso legado que me hizo al morir mi honrado padre. Sé que lo intentará con todas sus fuerzas, y por esto dije antes, Clotilde, que hemos llegado á la última etapa de la terrible lucha á que de tantos años atrás nos viene provocando ese monstruo.

El capitán Ballesta guardó silencio por algunos instantes. Despues pasando la mano por su frente abrumada de sombríos pensamientos exclamó :

— Aceptemos, querida Clotilde, los hechos tal cual se nos presentan. Retírate ahora.... Ninguno, excepción hecha de los que lo saben, debe conocer á bordo tu sexo. Conserva, pues, tu traje de marinero ; el respeto á tu virtud y á mi delicadeza así lo exige. Procura delante de la tripulación observar, respecto de mí, el carácter del papel que tu disfraz te impone. Ya pensaré acerca de los medios que en tu extraña situación te proporcionen toda la comodidad é independencia posibles....

IV.

Han transcurrido tres días ; en la noche precedente al último se presentaron siniestros augurios de tempestad : encapotóse el cielo con densas nubes, que amenazaban resolverse en inmensos raudales de agua ; á un grado al E. sobre la línea del horizonte flotaban grandes masas de vapores, en cuyos desgarrados senos brillaba con leves intermitencias la deslumbradora luz de los relámpagos.

No eran éstos los únicos síntomas de un próximo cambio de tiempo. Violenta mar de fondo hacia experimentar á la corbeta extrañas sacudidas, aunque el oleaje en la superficie de las aguas no parecía acusar gran movimiento ; también la ventolina del O., que desde que el buque salió del puerto había soplado constantemente, quedábase á ratos en calma ó recorría con vertiginosa rapidez otros cuadrantes sin fijarse en ninguno definitivamente.

Además, la columna mercurial del barómetro, ante los misteriosos movimientos de la atmósfera habia descendido de repente 27 líneas, lo cual constituía un alarmante presagio digno de tenerse en cuenta.

El capitán de la *Algeciras*, como prudente y experimentado marino, en prevision de futuras contingencias, mandó calar los masteleros de juanete, cerrar las escotillas, coger un rizo á las gavias y adoptar disposiciones encaminadas al fin que se proponía.

Á pesar de los anuncios de mal tiempo, transcurrían las horas y éste no se declaraba ostensiblemente. Á la noche, preñada de amenazadoras propósitos, habia sucedido el día en iguales condiciones y presentimientos.

V.

Eran las primeras horas de la mañana.

El contramaestre *Borrasca*, con el sudeste encasquetado hasta las cejas, envuelto en su capote de hule y pendiente de los labios la ennegrecida pipa, acababa de salir de guardia con el último cuarto de la noche y echaba un vistazo, vigilante y cuidadoso

como siempre, sobre todas las partes del buque sometidas á su inspección.

Camínaba, pues, lentamente, de popa á proa, y iba examinando al par con escrupulosa atención todo el aparejo....

En este momento resonaron agudos ladrillos y roncás y guturales vociferaciones, cuyos destemplados ecos no podían salir de ninguna humana laringe. Sobre la primera escotilla de proa el orangutan y el perro parecían entregados á una extraña investigación. Oían afanosos por las junturas de las tablas, y hacían poderosos esfuerzos por introducir entre ellas las uñas de sus manos, acompañando esta singular faena con roncós gritos el uno y lastimeros aullidos el otro.

— ¡ Bah ! están jugando como siempre — pensó *Borrasca*, y continuó inspeccionando el aparejo y dando chapadas á su pipa sin cuidarse más de aquel incidente.

La corbeta *Algeciras*, que tres días antes se encontraba á la altura del cabo de Cala-Burras, dejó veinticuatro horas despues, por la banda de babor, el de Sacratif, al E. de la ciudad de Motril, posteriormente la punta de las Sentinas, y hallábase á la sazón costeano el cabo de Gata, de triste celebridad porque es caso no comun encontrar mares tranquilos en sus inmediaciones.

El contramaestre, siguiendo su examen, avanzaba poco á poco hacia la proa.... El ruido de sus pasos llamó la atención del perro y del orangutan, que se abalanzaron á su encuentro gesticulando desahogadoamente el segundo, y ladrando poseído de terror su compañero.

La mimica de los dos animales no podia ser mas enérgica y expresiva ; pero.... ¿ qué querían decir ? Mostrábase inquietos, desasosegados : el mono enlazando el brazo del marino pugnaba por arrastrarle hacia la escotilla ; por su parte, el can se colocaba delante de él, aullaba con lúgubres ecos y corría despues en la dirección antedicha....

— ¿ Qué diablos tendrán estos animales ? — murmuró *Borrasca* sorprendido. — Veamos, veamos.

Y dejóse conducir por el mono hasta la escotilla : una vez allí, el inteligente orangutan fijaba en él sus ojos con singular expresion, golpeaba con sus collosas manos las tablas, hacia inauditos esfuerzos para separarlas, y lanzando por último, broncos y desahogables gemidos señalaba con gestos vehementes hacia el interior del buque....

El contramaestre fijóse un momento en aquellas extrañas indicaciones.... Y advirtió, que por los intersticios de las tablas escapábanse pequeños hilos de humo....

De mortal palidez se cubrió el rudo semblante del marino ; colocó su nervuda diestra sobre la tablas, y separólas prontamente porque abrasaba su contacto.

— ¡ San Telmo me valga ! — gritó. — ¡ Cien huracanes me hundan ! ¡ Fuego á bordo ! ¡ Fuego ! ¡ Fuego !

Á estos gritos y á los agudos sonos del pito que tocó repetidas veces *Borrasca* acudieron todos los tripulantes.

Procedióse á levantar la cubierta de la escotilla, y por esta eleváronse desde el interior del barco espesas neblinas de humo....

CAPÍTULO VI.

CONSECUENCIAS DEL ACCIDENTE.—HECELOS DEL CAPITÁN.—EN EL CABO DE GATA.—ANGLOMANÍA.

I.

No tuvo felizmente desagradables consecuencias el fuego experimentado á bordo de la corbeta *Algeciras*.

Pero ¿cuál fué su origen? ¿cómo tuvo lugar la combustión?

Hé aquí lo que en gran manera preocupaba al honrado capitán Ballesta. No podía ser de modo alguno achacado aquel accidente á la casualidad; sólo una mano perversa y delincuente habíase atrevido á llevarle á cabo.

Recordará el discreto lector que el buque de don Félix salió en lastre del puerto de Algeciras con rumbo al de Marsella. No llevaba, pues, en sus bodegas estivoado cargamento alguno; el lastre se componía de píasla y de hierro viejo, y era imposible á todas luces que el fuego se iniciase en estas materias....

De las minuciosas investigaciones que se hicieron dedújose que, uno ó más malvados que ocultaban sus propósitos en las sombras y el misterio, rodearon de gran cantidad de astillas los piés derechos que sostenían el entrepuente, y rociándolas despues con breca y aguarrás les prendieron fuego.

Ya en horas avanzadas de la noche debió realizarse lo último, y á esta circunstancia y á la no-ménos feliz de que la curiosidad moviese al orangutan y al perro á descubrir en los primeros instantes del día aquella criminal acción, debióse que no tuviera los funestos resultados, que de otra suerte hubieran sido desastrosos y quizás irremediables.

Todo, pues, concretóse á que ardieran las materias combustibles acumuladas al rededor de los piés derechos, y á que una parte de éstos y de la cubierta interior se quemáran lentamente, porque, como estaban cerradas las escotillas, no circulaba aire alguno en la bodega.

Las bombas y la energía de los tripulantes inutilizaron en breve el dañadísimo propósito, que había presidió á la realización de aquel hecho punible é incalificable.

El carpintero de á bordo púsose acto continuo á remediar los desperfectos ocasionados.

II.

¿Qué misteriosos enemigos tenía en su embarcación el capitán Félix Ballesta? ¿Qué incomprensible fin proponían al incendiar el buque? ¿De dónde, en principio, partía aquella terrible agresión?

¡Ah! bien lo adivinaba en lo más íntimo de su pensamiento el honrado capitán.

Pero.... ¿era posible que entre los hombres del equipaje de la corbeta, probados casi todos por su fidelidad desde mucho tiempo ántes, hubiese traidor alguno? ¿Quién sería este?

Era, pues, necesario vivir en extremo alerta y vigilante. Quince días habían trascurrido apénas desde que fué despedido de á bordo un grumete, que, hallándose la corbeta anclada en la bahía de Algeciras registró varias veces, en ausencia del capitán, las gavetas de éste, que bien pronto se echó de ver, por el desórden en que se hallaban sus papeles, que una mano traidora andaba en ellos.

Pusieronse al acecho dos ó tres hombres, y un día el audaz grumete fué cogido, según suele decirse, con los dedos en la masa, y echado despues del buque en la forma y manera de que ya tiene conocimiento el lector.

Cuando el fuego quedó extinguido del todo, don Félix Ballesta, metidas las manos en los bolsillos de su ancho paletó é inclinada la cabeza sobre el pecho, paseábase lentamente, triste y pensativo, sobre la espaciosa toldilla de su corbeta. Nunca como entónces sentíase tan abrumado por el odio y la persecución tenaz del ángel malo de su familia.

Era que en aquellos momentos su espíritu, su inteligencia, su vida y su fortuna tenían por único objetivo la realización de una memorable empresa, que atraería sobre su nombre y su patria inmarcesibles laureos.

III.

Paseaba el capitán, como he dicho, completamente ensimismado en dolorosos recuerdos del presente y en balagadoras esperanzas para el porvenir, cuando, acercándosele el piloto y el contramaestre *Borrasca*, hicieronle notar el mal cariz que presentaba el tiempo.

Intensa oscuridad gravitaba alrededor de la corbeta; negras masas de vapores flotando en la atmósfera, desgarradas, retorcidas en inmensos jirones, parecían confundir sus extremos inferiores con las espesas brumas que se elevaban sobre el furioso oleaje del mar. El viento, que había recorrido los cuatro puntos cardinales de la rosa náutica, sopla ba hecicanadamente, con irregulares intermitencias y como si quisiera entablarse definitivamente del N. N. O.

Aferróse á bordo de la corbeta todo el trapo, excepción hecha de la gavia mayor, que con dos rizos que se le cogieron quedó orientada convenientemente. Remontaba el buque á la sazón el extremo S. del cabo de Gata: ántes de conseguir doblarle desenvolvióse la virazon con tal violencia, que se hizo necesario que la *Algeciras*, poniendo la popa al N., se diese á correr ante el temporal.

Era el capitán Ballesta un marino inteligente, y el buque que mandaba obedecía al timon como pocos en difíciles circunstancias lo harían. Aunque con lentitud, viró la corbeta de bordo, y su proa, suspendida por la gavia mayor, volaba sobre las crestas de las móviles ondas con vertiginoso aceleramiento.

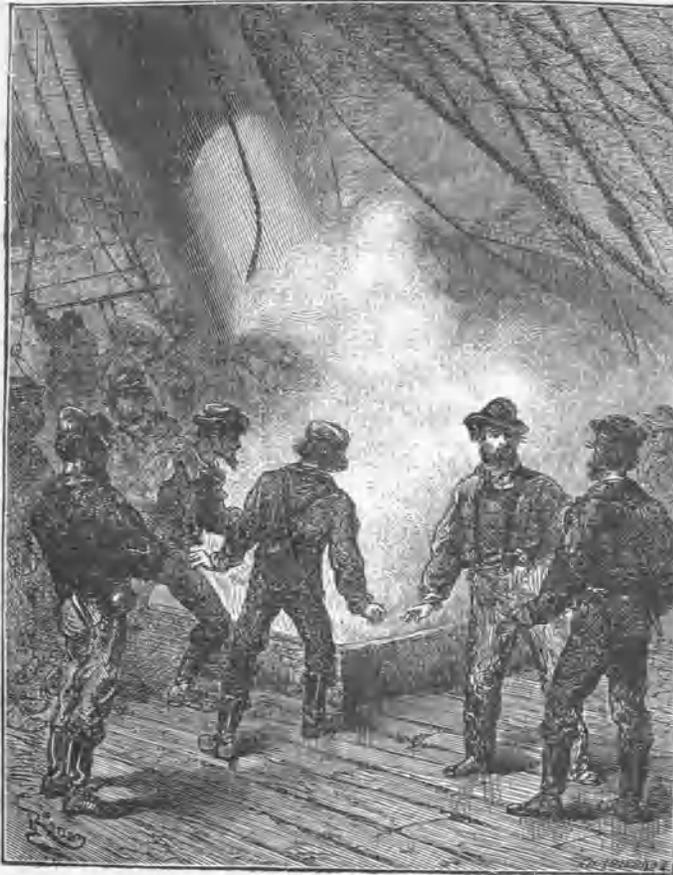
Algunas rachas del desencadenado huracán llevaban delante de sí irresistibles impetus; á su impulso levantábase el mar en gigantescas olas, cuyos vértices, al chocar entre sí con pavoroso estruendo, con-

vertíanse en hirvientes espumas de metálicos matices.

La opacidad de las nubes era cada vez más intensa; la extremidad del limitado horizonte confundíase en las aguas del Mediterráneo, sin que fuese posible determinar su línea divisoria. El tiempo entre tanto trascurría para los tripulantes de la corbeta con cansada lentitud; cada momento representaba un peli-

gro. Sin embargo, el capitán Ballesta y un marinero, aferrados á la rueda del gobernalle, mantenían el buque en dirección opuesta á la del viento, haciéndola huir delante de él.

Pero ¡ah! la inteligencia y la voluntad del hombre son impotentes en muchos casos. Una ola, más terrible y formidable que las anteriores, cogió de travesía á la embarcación, y desplomándose la inmensa ava-



Levantaron la cocotilla y salieron del interior espesas las neblinas...

lancha sobre ella, vióse por un momento sumergida, arrollada bajo la masa líquida, que parecía pugnar por envolverla entre sus numerosos tentáculos.

IV.

Pero así como al tropezar y caer de manos al brioso corcel siéntese casi suspendido por las riendas, que el hábil jinete atrae hácia sí con vigorosa energía y recobra instantáneamente su posición creta, de igual suerte la velera embarcación, suspendida por la vela de gavia, que hinchaba el huracán, irguióse con gran rapidez, tomando su nivel ordinario

sobre las encrespadas olas, cada vez más hirvientes y convulsionadas.

No pasó la enorme avalancha sobre la corbeta *Algeciras* sin producir en ella graves accidentes.

Parte de la obra muerta de estribor hasta los imbornales fué hecha astillas; sus restos un segundo después sobrecuadaban á medio cable del buque; así, pues, todo el cordaje y la escala del palo mayor pertenecientes á aquella banda quedaron flotando á merced del viento.

La terrible ola barrió la cubierta con irresistible impulso desde estribor á babor; tres pipas de agua, rotas sus amarraduras, fueron arrojadas al mar;

del propio modo la cocina, situada al pié del trínquete, desapareció con sus pesados hornillos y su batería de cocerolas de diferentes formas y tamaños.

Las amarras del contraestre y del pilotín, que se levantaban sobre el puente, inmediatas al palo mayor, fueron despedazadas; sus astillosos fragmentos y cuantos objetos contenían en su interior, viéronse arrebatados en un abrir y cerrar de ojos por el furioso elemento á considerable distancia.

Pero de todas las averías experimentadas por la corbeta, ninguna en aquel momento era más terrible, en la perspectiva de sus futuras contingencias, que la sufrida por el mastelero de gavia del palo mayor. Habiase roto al mastelero en el empalme, poco más arriba de la encapilladura (1), y torciéndose á sotavento, amenazando desplomarse de un momento á otro. Por fortuna, no había sido cortado á cercen; una parte permanecía aún adherida al todo, y esto y la fuerte tensión de su jarcia de estribor hacía que, momentáneamente al ménos, continuase de pié desafiando el rigor de la tempestad.

V.

Con rápida ojeada el capitán Ballesta hizo cargo de la situación. En medio de aquel desastro no fue pequeña dicha la de que ninguno de los tripulantes fuese arrojado al agua; cerciorarse de esta verdad fué el primer cuidado de don Félix; después atendió al aflictivo estado de su buque.

La caída del mastelero de gavia podía producir la del palo trínquete con todo su aparejo, y causar grandes averías en el puente y en la obra muerta de babor, si por un azar de la enemiga suerte desplomábanse el mastelero y el trínquete sobre la borda de sotavento.

Era necesario evitar este percance, en cuanto humanamente fuese posible, y hacer que el mastelero de gavia cayese al mar; pero esta empresa ofrecía serias dificultades: había que cortar la jarcia que le sostenía á barlovento, y en el momento oportuno, cuando esto estuviese realizado, orzar hacia dicha banda á fin de que el huracanado vendaval, acabando de romper el mastelero, le arrojase fuera de la embarcación; para obtener este resultado hacíase preciso presentar el costado al viento, aunque sólo fuese por breves instantes, con lo cual se exponía la corbeta á correr un peligrosísimo albor.

Unidas la inteligencia y la fuerza de voluntad, suelen hacer verdaderos milagros en las más extremas circunstancias de la vida.

Armado de un hacha abalanzóse el capitán Ballesta á la escala de sotavento del palo mayor, y empezó á ascender por ella con cuanta rapidéz le era posible; pero la fuerza del vendaval y los balances del buque entorpecían sus movimientos. Detrás de él, provistos también de hachas, disponíase asimismo á subir por los flechastes el contraestre *Borrasca* y el orangután.

Desesperábase éste haciendo ridículos visajes de impaciencia, por ser el último en acometer aquella peligrosa ascension, cuando, al emprenderla el con-

traestre, vino, sin duda, á la imaginación de aquel remedo del hombre un pensamiento, que puso inmediatamente por obra.

Fuerza es convenir, lector mío, en que los que llamados irracionales discurren y raciocinan con pasmosa lucidez en muchos casos. Sujetando con sus poderosas mandíbulas el mango del hacha corrió á la banda de estribor. La escala y buen número de cuerdas y motones, agitadas violentamente por el vendaval, hacían sumamente peligrosas aquella parte del puente....

El orangután desconocía el peligro, y si se daba cuenta de él no demostraba temerle en manera alguna.

VI.

Á pesar del enorme peso de sus obenques (1), la escala levantábase á grande altura, rudamente impulsada por el viento.... El cuadrumano dió un salto monstruoso, y asíéndose de la escala, logró aferrarse á ella con manos y piés; acto continuo, con inconcebible destreza, de que él solo era capaz, empezó á trepar por los brandales de la escala, zarandeado por el huracan y golpeado por las cuerdas que éste retorcia en torno suyos....

Pero, con pasmosa agilidad, casi á saltos, valiéndose de sus músculos de acero, ascendió rápidamente de unos peldaños á otros, y en un santiamén, como suele decirse, llegó á la cofa del palo mayor y penetró en ella.

Al notar entónces que no habían puesto aún el pié en la cofa su amo ni el contraestre, empezó á dar cabriolas y volteretas en aquella angosta superficie, sujeta á más extremos balances y vaivenes que la cubierta del buque. Las cofas, á causa de su mayor altura, recorren en todos los movimientos de la nave un arco de mayor extension que los planos inferiores á ellas.

El capitán Ballesta, seguido de *Borrasca*, llegó á la cofa, y empezó á descargar violentos hachazos sobre el encapillado de la obenadura de los flechastes del mastelero de gavia. El contraestre imitó su ejemplo; pero aunque la fuerza de ambos no era escasa, y las hachas tenían excelente filo, resistíase la jarcia á sus esfuerzos con increíble tenacidad.

Los momentos eran preciosos; cada segundo que trascurría entrañaba mayor suma de amenazas y peligros.

Don Félix hizo una seña enérgica al cuadrumano, y éste, levantando el hacha, descargóla con terrible fuerza sobre la jarcia; la primera cuerda que alianzaba los brandales quedó cortada; de otro hachazo hizo lo propio con la segunda.

Dejando una en firme para que sostuviera el mastelero, procedieron el capitán y sus auxiliares á cortar la escala del lado de babor; ésta, que por la inclinación del palo hacia sotavento pendía de él floja y sujeta á los balances de la embarcación, no ofreció tanta resistencia al filo de las hachas, y en breve quedó á merced del viento.

(1) Encapilladura: Amarras que enlaza dos piezas.

(1) Obenques: Cabos gruesos que dan fuerza y seguridad.



LA VUELTA DEL CAMPO.

Habia llegado el instante crítico de aquella difícil maniobra.

— ¡ Orza, orza á barlovento ! — gritó el capitán.

Entre los estridentes silbidos del viento al chocar en el metálico cordaje del buque, el vaporoso estruendo del mar que sostenía consigo propio tenaz combate, levantando montañas de líquida contextura, y el lejano fragor de los truenos, dejáronse oír los agudos sonos del pito del contramaestre que repetía la maniobra ordenada por su jefe.

La corbeta *Algeciras* empezó á orzar lentamente; muy pronto, el mar y el viento cogeríanla de traves.

En difícil situación iba á encontrarse el buque; era preciso aprovechar los instantes; así lo hizo don Félix acabando de cortar la escala, y atacando despues, en union del contramaestre y del orangutan, al mastelero por la parte en que éste manifestaba su rotura.

Numerosas astillas saltaban de él á los repetidos golpes de las hachas; pero esta faena hubiese durado más tiempo del conveniente para la seguridad de la corbeta, que sufría de costado los embates de las embravecidas olas, si una racha de viento, más terrible que las precedentes, no hubiera secundado el esfuerzo de las hachas acabando de tronchar el mastelero, y arrebátandole por el aire con vertiginoso ímpetu hasta que le dejó caer en el mar á larga distancia de la *Algeciras*.

Ya era tiempo, porque otra avalancha de agua, de inmensa curvatura, y tan alta como los mástiles de la embarcacion, corría sobre ésta en alas del huracanado viento, amenazando envolverla y arruinarla consigo á las profundidades del Mediterráneo.

Pero la corbeta orzó entonces, y tomando su rumbo anterior, huyó delante de ella con pasmosa velocidad.

CAPÍTULO VII.

APUNTES BIOGRÁFICOS. — LOS MARINEROS DE LA CORBETA. — QJEBADA RETROSPECTIVA.

I.

Hora es ya, lector amigo, de que conozcas más íntimamente, puesto que has de permanecer en su compañía mientras dura el curso de esta verídica historia, á algunos de los tripulantes que más figuran en ella, pertenecientes á la dotacion del buque de que era capitán y propietario el sobrino de miéster Crésbow.

Componíase la tripulacion de tres oficiales y doce marineros. Era el segundo de á bordo un experto marino, piloto de altura, que habia navegado desde que tenía catorce años de edad, á las órdenes del padre de don Félix Ballesta. Á su lado, empezando por ser grumete, habia hecho toda su carrera, y tan unido por esta circunstancia se hallaba á los intereses y á la persona de su antiguo capitán, que habiéndole ofrecido algunas veces varios armadores el mando de sus buques, rechazó siempre sus ofertas por continuar al servicio de la casa en cuyas embarcaciones habia navegado siempre.

Llamábase Diego Salinas; contaba cuarenta navidades; era natural de Huelva, de cuya provincia sa-

len muy atrevidos hombres de mar; tenía crespo el cabello, franca la fisonomía, y no habia otro de mejor templado espíritu en los duros azares de que está sembrada la existencia del marino.

Era tanto su amor á las salobres ondas, que solia decir, que si la humanidad no hubiese inventado el arte de navegar, hubiera preferido venir á la vida en forma de pez más que en la de hombre.

En cuanto al contramaestre *Borrasca*, poco puedo añadir á lo que de él conoce ya el lector. Sabia al dedillo, como es uso vulgar decir, las prácticas de su profesion, y el buque en que él se hallaba distinguíase siempre por el cuidado, limpieza y orden que en los más pequeños detalles se observaba.

Como es muy comun entre la gente de mar designarse unos á otros con sobrenombres y epítetos extraños, más que por el suyo propio conocíasele con el de *nostramo Borrasca*, á causa de que, hiciéase bueno ó mal tiempo, iba equipado siempre con su traje de agua, y no habia forma de que se despojase de él por argumentos ó reflexiones que se le hiciesen en contra de aquella rara manía.

¿Qué origen tuvo este capricho?

Uno tan trivial y poco fundado como suelen serlo todos los que á extravagancias tales dieron pávulo. Piándose en lo apacible y espléndido del día, várias veces, estando su buque fondeado, habíase ido á tierra con su ropa más llamante y galana; y siempre que tal hizo, su contraria estrella habia encapotado el cielo con densas nubes y hecho que éstas derramasen sobre él á raudales el agua de que estaban henchidas.

Dada la paleritud del honrado contramaestre, no hay que decir si estos accidentes le desesperarian en grado sumo. Así, pues, como esto se repitiese en várias ocasiones, hizo solenne juramento, que cumpliera al pié de la letra, de vestir en todo tiempo y lugar el embreado traje de agua, á fin de que las nubes no le jugaran las malas pasadas de otras veces.

Por lo demas, como ya se ha tenido ocasion de ver, era un marino á carta cabal, con un corazon de oro, y si algo escaso de inteligencia, poseído de la mejor voluntad en cuantas cosas dependian de él.

Mariscando un día su madre busguos y camarones le dió á luz en las piedras de la playa de Bonanzos; este accidente de su venida al mundo hizole gustar ántes que el pecho de su madre, el agua de las salobres ondas que salpicaban con blancas espumas las carcomidas rocas en que nació; y como era consiguiente, desde que empezó á gatear, en cuanto se desmenuaban con él, corría hácia la playa, porque en ella se encontraban las primeras impresiones que experimentó al salir del claustro materno con la consiguiente facilidad, dadas las extrañas condiciones en que se verificó el alumbramiento.

(Se continuará.)

UN CUENTO DE LADRONES.

Y en su consecuencia, añadió:

«¿La cacería de las joyas? Ciertamente que es una caza de nuevo cuño y solamente de vos; en mi vida había oído hablar de caza tan rara.

—Menos rara de lo que pensáis, pero fatigosa seguramente; tan fatigosa, que, después de entregarse á ella, los más animosos tienen necesidad de descansar. En ese caso estoy yo ahora, querida, y con vuestro permiso, nos vamos todos á dormir. Me estoy cayendo de sueño. Dentro de algunos días os llevaré conmigo, si os portáis bien, á una de esas cacerías, y contaré en que la tomaréis el gusto.»

Una vez allá arriba, se separó de ella riéndose de tal manera, que parecía una gallina cacareando, y se fué á acostar á la nave colateral de la casa antigua á donde todos vivían. Sus camaradas hicieron lo propio. Momentos después era ella seguramente la única que no dormía en el castillo. Cuando se hubo cerciorado bien de esto, se dijo:

«Ahora, salvémonos.»

Y al decirlo, sintió el enviado que la mano de Maroussia apretaba fuertemente la suya.

—¿Qué pasa?—le dijo.

La niña, llevándose un dedo á su boca para recomendarle el silencio, le enseñó dos ojos verdes que brillaban al través de un zarzal en las revueltas del sendero.

El enviado llevaba en la mano un baston de acebo, y se fué derecho á aquel escondrijo.

—¡Cuidado!—gritó la niña.

Pero el enviado de Stech, con la punta de su baston había revuelto la maleza. Se sintió un ruido extraño: lo producía las alas de una gran ave de rapiña que, molestada en su retiro, tendía su vuelo pausadamente lanzando un fúnebre graznido.

—De mal agüero es eso—dijo Maroussia.

—No hay nielas agüeros—respondióle su buen amigo dándole un golpecito en la mejilla.

Maroussia continuó su relato:

—Para tomar nuevas fuerzas se sentó la joven al pie de una roca cubierta de musgo, que parecía como cogida por dos enormes tenazas entre las dos gruesas raíces de un gigantesco árbol en donde buscaba su apoyo. Era bastante poco su peso, y sin embargo, tan bruscamente la roca cedía bajo sus pies, que se cayó de espaldas.

—¡Buena!—dijo el enviado—aquel era el sitio por donde pasaban los bandidos.

—Sí, aquel era su paso, la puerta misteriosa.

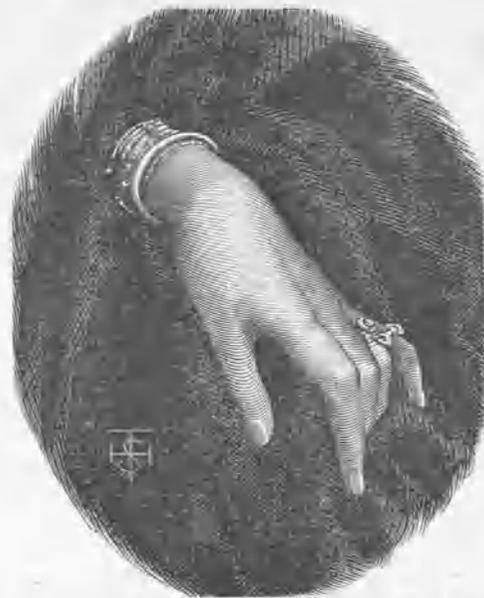
Tueto sobrecogióle su caída, que por algunos minutos permaneció sin atreverse á moverse. ¿Á dónde estaba? Por encima de su cabeza, y en forma de bóveda, cerrábase una galería verde oscura en donde no penetraba la luz sino á manera de estrellas microscópicas, de rayos tan delgados como un cabello, y aquí y allá puntitos de cielo azul.

Vuelta de su sorpresa, se levantó, señaló con una piedra blanca el sitio de la invisible entrada, y tuvo

el buen talento de ir otra vez al castillo para asegurarse de lo que hacían su marido y los compañeros de éste.

Todos dormían profundamente, como duerme todo el que ha tenido que hacer un esfuerzo. De puntillas, fué de puerta en puerta echando todos los cerrojos sin hacer ruido y cerrando todas las hojas de las ventanas. Era una buena precaución; otra tomó además tan buena como ésta, la de mudarse de vestido; cambiando el que llevaba, que era blanco, como siempre lo usaba, por otro negro; después de hecho esto, se dirigió con aire de indiferencia hácia el lugar que había señalado por medio de la piedra blanca. Cuando volvió á encontrarlo dijo exhalando un profundo suspiro:

«¡Dios mío!»



Era una mano blanca como el mármol separada de su brazo.

Pero no fué sólo suspirar lo que hizo. Se puso como ántes, de espaldas á la roca, y dió su segunda voltereta. La elevada puerta de piedra que simulaba la roca hallábase al parecer dispuesta de modo que se pudiera cerrar ella sola. Y hólta bien pronto cayendo de pie debajo de la galería, y se puso á andar y después á correr.

Al cabo de una media hora llegó á un lugar hácia el cual convergían más de diez caminos que partían de allí en diferentes direcciones. ¿Cuál tomar?.... La elección era difícil.

Tan pronto daba pasos hácia un camino como hácia otro, sin saber cuál sería mejor, y era preciso no equivocarse. Todos se parecían, y era esto un gran inconveniente para dar la preferencia á cualquiera de ellos. Sin embargo, en una de sus encrucijadas distinguió una cosa blanca, y corrió en dirección á ella.

Era un pañolito blanco muy fino con excelentes bordados en las puntas.

—Estoy oyendo algo que nos sigue—dijo Maroussia interrumpiendo su relato.

También lo había oído el enviado. Cogió á Maroussia por el brazo y se puso delante de ella con el baston levantado.

—¡Ah!—dijo Maroussia—¡es un perro muy grande!

El enviado dió un salto tan rápido, que Maroussia no pudo comprender cómo tan pronto y de un solo golpe descargado con su baston había podido derribar al animal sorprendido en su descuido.

¿Qué tenía lugar entre aquel animal y aquel hombre? El enviado había hincado una rodilla en tierra. Cuando se levantó yacía sin vida á sus piés.

—Era un lobo—dijo tranquilamente á la niña—y preciso era que tuviese mucha hambre para seguirnos tan de cerca.

El lobo había muerto.

—¡Ah!—dijo Maroussia á su amigo—por nada te asustas.

—Sí—dijo el de Setch—tomo á todo cuanto pueda interrumpir tu historia. ¿Conque la mujer del bandido había encontrado un pañuelo?

—Sí—contestó Maroussia.

El encuentro de aquel pañuelo tan fino, que oía muy bien y que sin duda no había pertenecido á un hombre la preocupó.

«Han pasado por aquí esta mañana—pensó—y si es así nada tienen ya regularmente que hacer por estos sitios. Debo preferir este camino.»

Pero ántes de emprenderle le ocurrió una buena idea, la de colgar una preciosa cinta encarnada que adornaba su alfilería á una rama que sobresalía en sentido opuesto al que ella iba á tomar, de modo que pudieran verlo desde muy lejos.

«Verán esta cinta—dijo—y de ese modo irán tras de mí por un camino diferente al que yo habré tomado.»

—No era mala idea para desorientarlos ¿eh?

—Muy buena—dijo el enviado.

—Contenta por haber tenido aquella ocurrencia se precipitó como una cierva por el sendero del pañuelo borrado. Se llevó todo el día corriendo. Vino la noche: la oscuridad era tan grande que ya no sabía lo que tenía por encima de su cabeza, si eran bóvedas de peñascos ó cúpulas de follajes.

(Se continuará.)

LA VUELTA DEL CAMPO.

El dibujo que hoy ofrecemos á nuestros lectores y que es uno de los mejores que salieron del lápiz del malogrado Becquer, poca ó ninguna explicacion necesita.

Cuando los faroles encendidos anuncian en Madrid que ha concluido la tarde y comienza la vida de la noche, propia de los habitantes de los grandes centros; cuando los teatros abren sus puertas y se llenan

las mesas de los cafés, la imaginacion amiga de los contrastes se suele trasportar lejos de la escena que le aturde, comparando el cuadro que ofrecen á aquella misma hora algunos oscuros y silenciosos rincones, en donde existen todavía las tranquilas y pacíficas costumbres propias del campo.

Véase entónces la niebla de la noche, que borra poco á poco los contornos y los colores de los objetos, las chimeneas del hogar donde se prepara la comida para los trabajadores; el canto lejano del labrador que vuelve de sus faenas del día; el sonido de las esquilas del ganado que anuncian el regreso de los pastores; todos esos murmullos, que, debilitándose poco á poco, llenan el alma del suarvo y sosogado bienestar que predispone al reposo y al sueño.

LA CATEDRAL DE TOLEDO.

En este número damos una vista lateral de la magnífica catedral de Toledo, que es el primer grabado de una serie que pensamos publicar, para dar á conocer á nuestros lectores tan reconstruido templo, preciosa joya del arte ojival en nuestra patria.

Los grabados sucesivos irán acompañados de una reseña explicativa de los mismos.

GUILLERMO HARVEY.

Hace pocos dias ha tenido lugar en Inglaterra la traslacion de las cenizas de Guillermo Harvey del lugar en que existian al mausoleo construido al efecto. Con este motivo creemos que serán del agrado de nuestros lectores los siguientes datos biográficos acerca de tan renombrado sabio.

Nacido en Folkstone el 1.º de Abril de 1578, se dedicó, desde su salida de la Universidad de Cambridge, al estudio de las ciencias naturales.

Visitó sucesivamente Francia, Alemania y los restantes países en que por aquel entónces la ciencia arrojaba más luz.

En 1602 oyó en la Universidad de Padua á Fabricio de Acquapendente, y queriendo desarrollar las consecuencias del descubrimiento del citado sabio, ó sea de las válvulas venosas, se dedicó al estudio de la circulación de la sangre.

En el mes de Abril de 1615 consignó por escrito sus ideas sobre tan importante fenómeno orgánico.

El rey Carlos I quiso oír del mismo Harvey la exposicion de su descubrimiento. Para responder á los deseos del Rey, Harvey hizo más de una vez en su presencia, y ante los médicos de la Universidad, la demostracion de sus teorías.

Los médicos del Colegio Real de Londres acogieron con entusiasmo la doctrina de la circulación de la sangre, é impulsaron á su autor á consignar el descubrimiento en una obra. Harvey resistió á todas las instancias. Tuvo el valor de pasar catorce años

consecutivos refutando sus experimentos, y sólo en 1629 publicó, impresa en Francfort, una obra titulada *De Motu cordis et sanguinis circulatione*.

Harvey expuso en su libro los mismos experimentos que hizo, y consignó los tres hechos siguientes:



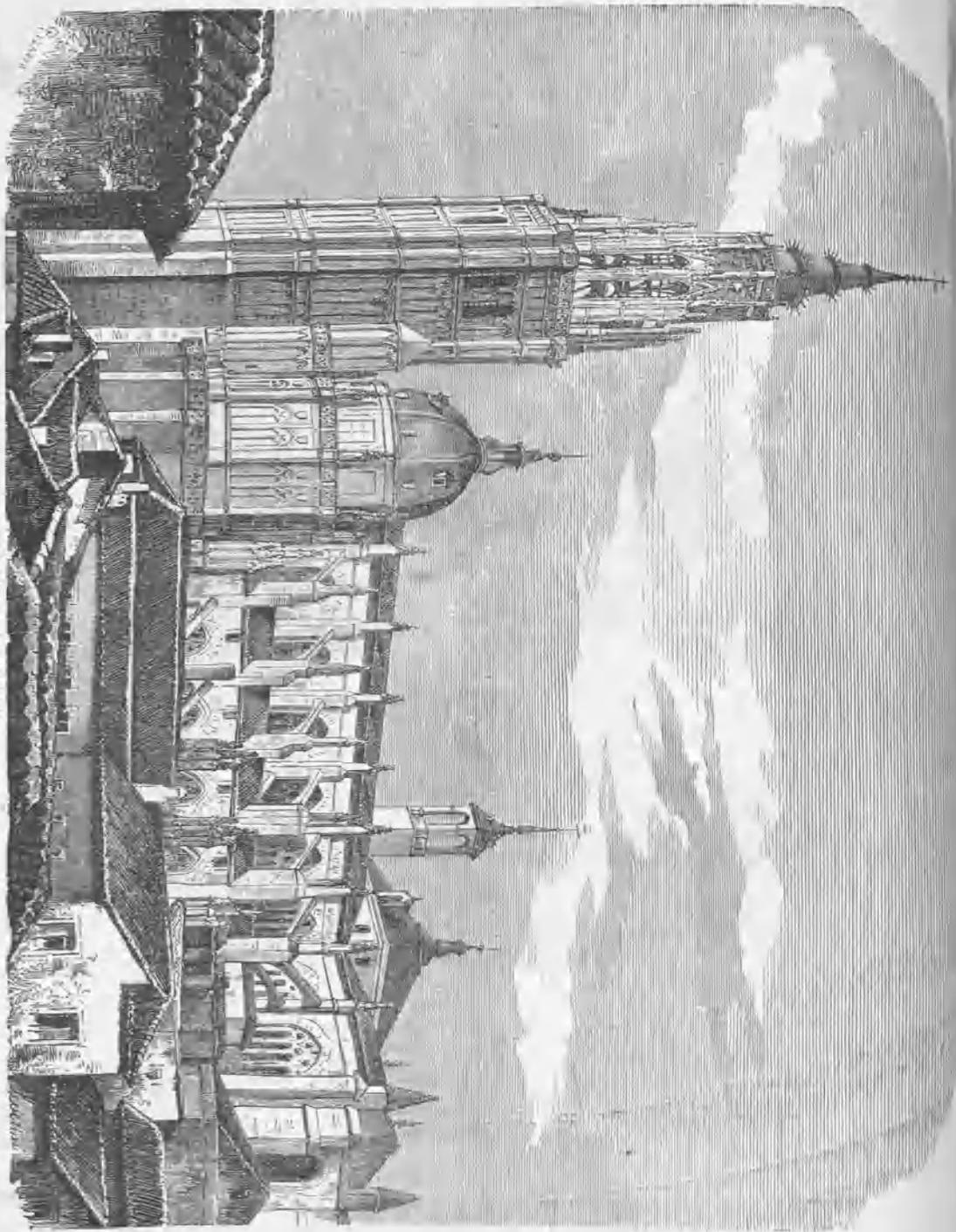
Harvey delante de Carlos I.

1.º El corazón se contrae de manera que disminuye en su diámetro trasversal y aumenta en su diámetro vertical.

2.º Durante su contracción las fibras del corazón se aprietan.

3.º El corazón se eleva y va á golpear las paredes del pecho. Esto es lo que hace sentir sus latidos fuera.

Mostró en seguida que el pulso es debido á la dilatación de las arterias por el efecto de la impul-



CATEDRAL DE TOLEDO.

sion de la sangre lanzada por la contraccion del ventriculo izquierdo del corazon.

Los hechos explicados por Harvey eran tan claros, que parecia natural que esta importante conquista del género humano debia haberse llevado tras él

la admiracion de sus contemporáneos. Todo lo contrario. Casi todos los anatómicos, y entre ellos el célebre Bólan, atacaron con violencia el descubrimiento.

Hoy la gloria de Harvey resplandece sin nube al-



Harvey.

guna. Murió en Londres el 3 de Junio de 1657. El Colegio Real de Londres le hizo erigir una estatua en la Sala de Actos.

WAGONES DE VELA.

En el libro segundo de *Magia matemática*, publicado en Londres el año 1648 por el obispo Wilkins, se encuentra el párrafo siguiente:

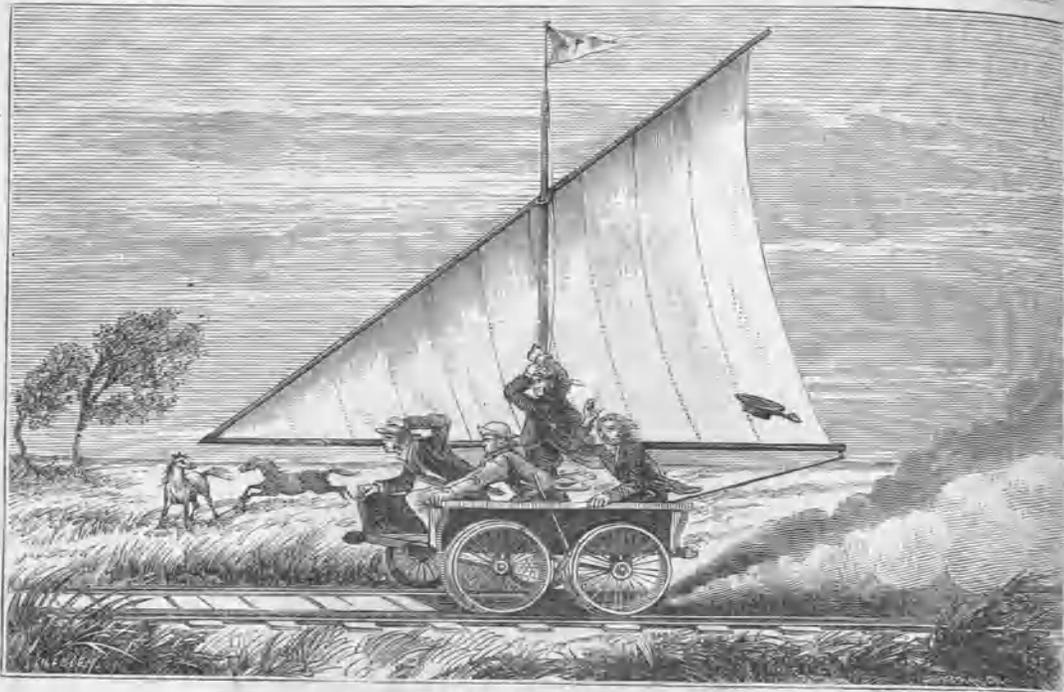
« Celebres experimentos en China de data inmemorial, recientes pruebas hechas, sobre todo en Holanda, dan claramente á entender que las corrientes de aire pueden aplicarse en tierra al movimiento de los coches, de la misma manera que se utilizan en el mar para el movimiento de los barcos. »

Plenamente convencido el Obispo de la utilidad del mecanismo por él propuesto, hizo le construyesen para su uso un vehículo movido por un aspa semejante á la que mueve los molinos de viento, saliendo los experimentos tan bien, que aún en direccion opuesta á la del viento marchaba el coche libre y desembaradamente.

Sin embargo, no habia llegado la hora de utilizar tan provechoso adelanto. Era preciso la invencion del ferro-carril para aplicar el ya citado medio de locomocion.

Á los pocos años de inaugurarse en los Estados-Unidos los vías férreas comenzó á hacerse uso de un wagon con velas, que, corriendo sobre los rails, llegó á adquirir la velocidad de los más rápidos trenes.

El grabado que en este número publicamos representa el wagon que está en uso en la línea *Kansas-Pacifique*. Recorre de 48 á 64 kilómetros por hora, y ha llegado á recorrer 135 kilómetros en cuatro horas con viento contrario.



WAGON CON VELAS.

El nuevo vehículo, cuya longitud es de seis pies y su peso 600 libras, se compone de cuatro ruedas de 30 pulgadas de diámetro y dos mástiles portadores



Coche con velas.

de las velas, que tienen de largos 15 pies y una área total de 81 pies cuadrados. La altura del mástil principal es de 11 pies.

El wagon cuya descripción acabamos de hacer se utiliza para el transporte de los objetos necesarios para la reparación de las líneas. Su construcción es poco costosa, y puede, en fin, empujar delante de sí con facilidad varios wagones.

Solucion al jeroglífico del número anterior.

No envidies ajena suerte y serás venturoso hasta la muerte.

CHARADA.

Doler suele *primera* y *tercera*,
Segunda es pronombre,
 Y en un *todo* va el hombre
 A *segunda* y *primera*.

La solución en el número próximo.

SUMARIO.

Guñabos.—La Vuelta del Campo.—La Catedral de Toledo.—Harvey delante de Carlos I.—Retrato de Harvey.—Wagon con velas.—Coche con velas.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TENTU.—Karabou el Testarudo, por Julio Verne.—La Reina de los Lagos, Mayne-Ridd.—Sin familia, Héctor Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Un Cuento de la infancia, por Stahl.—La Vuelta del Campo.—Catedral de Toledo.—Guillermo Harvey.—Wagones con velas.—Charada.